

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 66.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 de Marzo de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: La evolución de la filosofía en España, por Federico Urales.—Campos, fábricas y talleres, por Pedro Kropotkin.
CIENCIA Y ARTE: —Crónica científica, por Tarrida del Mármol.—Manifestaciones literarias y artísticas, por Armando Guerra.—Los malos pastores, por Octavio Mirbeau.
SECCIÓN GENERAL: La religión y la ciencia, por Anselmo Lorenzo.—Pedro Lavroff, por M. G.—El ser humano, ¿tiene alma?, por Constanancio Romeo.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

SEGUNDA PARTE

V

De Séneca á Averroes.

Introducción á la segunda parte: *Relación que la filosofía y el arte tienen con los estados orgánicos de los pensadores y de los artistas.—Analogía de los filósofos paganos con los naturalistas presentes.—La decadencia del cristianismo fisiológicamente considerada.—La muerte de la energía intelectual y moral como consecuencia de la degeneración física.—Diferencia de causas en la relación orgánica que existe de nuestros sociólogos naturalistas á los filósofos griegos.—Dos estados físicos y dos estados morales.—El ideal se concibe conforme nuestras condiciones físicas.—Toda doctrina tiene sus místicos.—La autoridad y la moral son un obstáculo á la dicha humana.—Inmutabilidad é inconsciencia de la evolución.—Los hombres actuales no somos el tipo de la evolución.—El ideal de la ciencia y de la sociología.—Un medio de sujetar unos hombres á otros ha pasado á la categoría de Justicia.—El dualismo filosófico.—El estado de los caracteres morales y filosóficos en tiempo de San Agustín.—La lucha entre las especies intelectuales.—La influencia que Séneca pudo tener en España por haber nacido en Córdoba.—Los filósofos españoles antes de la escuela de Sevilla.—El arrianismo en España.—La obra de Osorio.—La conversión de Recaredo.—La verdadera filosofía española.—La escuela de Sevilla.—Sus fundadores y su obra.—La invasión árabe.—Efectos que produjo en la filosofía española.—Los filósofos judíos y árabes españoles.—Influencia que en ellos pudo tener Pelagio. Alfarabí, Avicena en África.—Avempace; el positivismo y el individualismo de El Régimen del Solitario.—Ebubeke (Tofail); su individualismo acentuado, su religión.—Salomón Ben Gebirol; su individualismo místico; Fuente de la Vida, canto de muerte.—Maimonades racionalista; la esencia de su doctrina.—Averroes, su doctrina; las persecuciones que le valió; aristotélico puro.*

Antes de continuar recordemos el carácter de la filosofía griega y de este recuerdo surgirá un contraste singular del que podremos deducir saludables enseñanzas.

Cuando una de las manifestaciones humanas es sombría, regularmente lo son las demás. Cuando la filosofía es expansiva, tolerante, liberal, naturalista, el arte es alegre, bullicioso, amante del goce y de la vida. No obstante, las manifestaciones cerebrales no son más que el efecto de un estado psíquico, y si este libro tuviera por objeto hacer un análisis fisiológico de los pensadores y de los artistas, preciso sería demostrar que á su vez el estado psíquico no es otra cosa que el efecto de un estado corporal; es decir, sería preciso demostrar la relación que existe de la salud del cuerpo á la salud del cerebro, y de la salud del cerebro á la salud de la filosofía y del arte. Fuera este un camino lleno de escollos para nosotros, tanto porque estamos poco iniciados en Ciencias Naturales, cuanto porque nos faltaría crédito filosófico y firma literaria para resistir el mal humor de los artistas y de los literatos de nuestro tiempo, casi todos partidarios del arte decadente, sin objetivo ideal, porque la mayoría tienen enfermo el cerebro; y estos intelectuales oirían con mal talante, por lo mismo que les enseñáramos sus deficiencias como animales y como artistas, los argumentos y datos que aquí podrían exponerse; pues es sabido que el hombre más sabio es aquel que más nos halaga, y el más necio aquel que menos nos complace.

Pero es tan íntima la relación que existe, por ejemplo, entre el estado corporal de los filósofos griegos y el de nuestros filósofos y sociólogos, y tan estrecha la semejanza que va del estado psíquico de los filósofos y moralistas cristianos al de los artistas decadentes de nuestros días, que no es posible prescindir en absoluto de ciertas consideraciones de orden fisiológico, como no es posible hablar de los efectos únicamente cuando se trata de cuestiones que interesan á nuestra salud.

Se presentan aún más problemas á medida que uno va ahondando en los que tiene pendientes de solución. Establecida la unidad material del ciudadano griego con la del individuo de los tiempos que corremos, capacitado de la importancia que para nuestra vida tienen los ejercicios musculares y las satisfacciones, ¿podemos establecer la misma unidad en los móviles que han conducido á generaciones tan lejos unas de otras á igual estado de fortaleza física? De ninguna manera. El filósofo griego, antes de acentuarse la decadencia, era fuerte por exigencias del ambiente social, por su amor á la independencia y á la prosperidad de su patria, á la cual había de defender con el golpe de su brazo fornido; lo era también por la idea que tenía de la belleza, que procuraba encarnar en su cuerpo; por los medios de vida y de lucha económica guerrera que exigían como condición de vida un organismo de hierro. Realmente el que no procuraba por su fortaleza física había de sufrir las consecuencias de su debilidad, y hasta en el abandono de sí mismo hallaba el hombre de entonces mayor vigor del que hallan actualmente los que no se preocupan ó no pueden preocuparse de la salud de su cuerpo. La vida por sí sola hoy no exige fortaleza corporal, mientras que en la antigüedad la exigía.

En nuestros días es el esfuerzo del individuo, el conocimiento de la higiene, las ganas de vivir y de gozar el que hace á los hombres sanos. Su salud es consciente, es una salud que obtienen robándola con tenacidad del mortífero ambiente que les rodea. Se necesita un carácter que diga á sus amigos y á sus relaciones altas y bajas: «Gracias; no gusto de bebidas espirituosas, porque dañan el organismo. Gracias; no voy al café, á la taberna ó al círculo, porque prefiero ir á respirar el aire de la sierra. Gracias; no fumo, porque necesito el dinero para comprarme ropa interior ó para hacerme construir un cuarto de baño. Gracias; no os acompaño á la juerga, porque con el dinero que puedo ahorrar he alquilado una casita con jardín ó huerto donde ejercito

mis m
sición
no ha

El
muerte
pues es
ó, mej
hereda
la dege
sofo gr
filósofo
ciendo

Per
es que
física, y
en segu
más he
dano g
giene, c
poco ti
el sufr
ciendos

Ten
que son

En
belleza
reprodu
dad. E
misma,
predica
perfecci
dable q
paces d
rio, fuer
s-jos de
ensalzó

Esta
gión, di
cristiani
por el d
diato de
si el cris
serlo de
les após
cepción

mis músculos.» Sin esta energía moral, sin esta voluntad que te pone en abierta oposición contra tus contemporáneos, no hay vigor físico, y en donde no hay vigor físico no hay fuerza moral ni intelectual.

El ambiente te llama á la debilidad, al envenenamiento continuo y, por fin, á la muerte. Por esto los caracteres fuertes, pertenezcan á las clases pobres ó á las ricas, pues éstas viven en un ambiente aún más dañoso que aquéllas, son su propia obra, ó, mejor dicho, son la obra que permite elaborar el caudal de energías vitales que heredaron de sus antepasados y que continúan manteniéndose incólumes en medio de la degeneración general. En resumidas cuentas, lo que queremos decir es que el filósofo griego era fuerte inconscientemente por exigencias del medio, y el sociólogo ó filósofo de nuestros días es fuerte por el esfuerzo de sus energías individuales, haciendo la oposición y venciendo el ambiente que lo envuelve.

Pero, sea de ello lo que fuere, hay un hecho que no admite dudas, y este hecho es que los artistas griegos, antes de la decadencia, no separaban la belleza de la fuerza física, y no separaban la belleza de la fuerza, en primer lugar, porque eran fuertes, y en segundo término, porque sustentaban la creencia de que, cuanto más sana e tá y más hermosa es la persona, más nobles y elevadas son sus ideas. De ahí que el ciudadano griego, guiado por sus artistas y sus pensadores, se preocupase tanto de la higiene, de la gimnasia, de la esbeltez de su cuerpo y del conjunto de sus formas. Al poco tiempo las sociedades cristianas presentaban á la tristeza, la anemia, la suciedad, el sufrimiento, el martirio, la fealdad, como el tipo de la perfección humana, produciéndose una represión orgánica en todo el mundo llamado civilizado.

*
* *

Tenemos dos manifestaciones intelectuales y morales: la artística y la filosófica, que son efecto de un estado de la naturaleza humana.

En el paganismo, cuando la religión no estaba reñida con el goce, la salud y la belleza de las formas, la filosofía amaba la vida, las satisfacciones materiales, y el arte reproducía esta vida y estas satisfacciones presentándolas como un placer en actividad. En el cristianismo, cuando la religión condenaba el goce de la carne, la vida misma, puesto que en la muerte y en el sufrimiento cifraba la felicidad, la filosofía predicaba el ascetismo, el dolor y el arte los presentaba como una semejanza de la perfección divina. Causa ó efecto de la degeneración orgánica el cristianismo, es indudable que su concepción de la vida produjo generaciones endebles, enfermizas, incapaces de gozar, y, como eran incapaces de gozar, condenaron el goce. Por el contrario, fuerte el griego físicamente, fuerte por los consejos de su arte, fuerte por los consejos de su filosofía, fuerte por el ambiente, y no viendo en esto un pecado su religión, ensalzó el goce, porque podía gozar.

Estamos donde estábamos; estados orgánicos diferentes producen diferente religión, diferente filosofía, arte diferente y, por consiguiente, diferente vida. ¿Fué el cristianismo, fisiológicamente considerado, una reacción de costumbres producida por el desenfreno carnal de la Grecia y Roma en decadencia? ¿Fué un efecto inmediato del rebajamiento de los caracteres que produjo el exceso de placer? Podía serlo si el cristianismo se hubiese desarrollado únicamente en Italia y en Grecia; no pudo serlo desde el momento que su centro de propaganda fué Alejandría, y sus principales apóstoles africanos y asiáticos. Lo que se presenta como indudable es que la concepción cristiana fué otra de organismos degenerados, ya sea por exceso de labor in-

telectual, por privaciones supersticiosas ó por prácticas ascetas. El desenfreno romano, la tiranía de los césares, el lujo y la rapiña de los magnates, acrecentó la revolución; pero no fueron la causa de la doctrina. Ésta es de naturaleza orgánica, y la formaron cuerpos marchitos y espíritus muertos. Por esto el cristianismo actual no es obra de los primeros cristianos; es obra de los degenerados que produjo la lucha y la superstición religiosa; es obra de los mal lavados, mal vestidos y mal comidos, que iban jadeantes de pueblo en pueblo en busca de compañeros para ir al desierto á hacer penitencia, tan sobrados de piojos y de suciedad, como faltos de pan.

De estos iluminados que habitaban las cavernas, de los cuales fueron santos los más crueles para consigo mismo y para con los demás, derivase la *degeneración orgánica de la generación cristiana* y el concepto lúgubre que de la vida tiene el cristianismo.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

CAPÍTULO PRIMERO

LA DESCENTRALIZACIÓN DE LA INDUSTRIA

División del trabajo é integración.—La difusión del perfeccionamiento industrial.—Cada nación tiende á producir las manufacturas que necesita.—El Reino Unido.—Francia.—Alemania.—Rusia.—Competencia alemana.

¿Quién no recuerda el notable capítulo con que Adam Smith abre su investigación respecto á la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones? Aun aquellos de nuestros economistas que rara vez vuelven la vista hacia las obras del padre de la economía política, y con frecuencia olvidan las ideas que las inspiraron, saben ese capítulo de memoria: tan á menudo ha sido copiado una y otra vez, llegando á convertirse en artículo de fe. Y la historia económica del siglo que ha transcurrido, desde que Adam Smith lo escribió, ha sido, por decirlo así, sólo su comentario.

«División del trabajo» fué su bandera; y la división y subdivisión permanente de funciones—esta última sobre todo—se han llevado tan lejos, hasta conseguir dividir á la humanidad en castas, que están casi tan fuertemente constituidas como las de la antigua India. Tenemos, primero, la amplia división en productores y consumidores: de una parte, productores que consumen poco, y consumidores que producen poco de la otra. Y después, entre los primeros, una serie de nuevas subdivisiones: el trabajador manual y el intelectual, profundamente separados entre sí, en perjuicio de ambos; el trabajador del campo y el de la fábrica; y entre la masa de los últimos, de nuevo innumerables subdivisiones, tan verdaderamente minúsculas, que la idea moderna del trabajador parece ser un hombre ó una mujer, y hasta una niña ó un muchacho, sin el conocimiento de ningún oficio, sin la menor idea de la industria en que se emplea, no siendo capaz de hacer en el curso del día y de la vida entera más que la misma infinitésima parte de una cosa: empujando una vagoneta de carbón en una mina, desde los trece años á los sesenta, ó haciendo el muelle de un cortaplumas ó «la decimaoctava parte de un alfiler». Meros sirvientes de una máquina determinada, meras partes de carne y hueso de alguna maquinaria inmensa, no teniendo idea de cómo y por qué la máquina ejecuta sus rítmicos movimientos.

La destreza del artesano se ve despreciada, como restos de un pasado condenado á desaparecer. Al artista, que antiguamente hallaba un placer estético en sus obras, ha substituído el esclavo humano de otro de hierro. Pero ¿qué más? Hasta el trabajador del campo, que antes acostumbraba á encontrar un consuelo de las penalidades de su vida en la casa de sus antepasados—futuro hogar de sus hijos—en su amor al terruño, y su íntima relación con la Naturaleza; hasta él ha sido condenado á desaparecer, para bien de la división del trabajo. Él es un anacronismo, se nos dice: debe ser substituído en el cultivo en grande, por un sirviente temporal tomado para el verano y despedido al venir el otoño; un desconocido, que no volverá más á ver el campo que regó una vez en su vida. «El reformar la agricultura, de acuerdo con los verdaderos principios de la división del trabajo y la organización industrial moderna—dicen los economistas—es cuestión de pocos años.»

Deslumbrados con los resultados obtenidos por nuestro siglo de maravillosas invenciones, especialmente en Inglaterra, nuestros economistas y hombres políticos fueron todavía más lejos en sus sueños de división del trabajo. Proclamaron la necesidad de dividir á la humanidad entera en talleres nacionales, teniendo cada uno de ellos su especialidad particular. Se nos decía, por ejemplo, que Hungría y Rusia están predestinadas por la Naturaleza á dar trigo, á fin de alimentar á los países manufactureros; que Inglaterra tiene que proveer á todos los mercados de algodones tejidos, ferretería y carbón; Bélgica de géneros de lana, y así sucesivamente. Y aun hasta dentro de cada nación, cada región ha de tener su especialidad particular. Así ha sucedido durante algún tiempo, y así debe continuar. De este modo se han hecho fortunas y se seguirán haciendo lo mismo.

Habiéndose proclamado que la riqueza de las naciones ha de medirse por la cantidad de beneficios obtenidos por los menos, y que las mayores utilidades se realizan por medio de la especialización del trabajo, no era posible concebir hasta que existiese la cuestión, respecto á si los seres humanos se someterían siempre á tal especialización; si se podría especializar á las naciones como se hace con los obreros. Siendo la teoría buena para hoy, ¿por qué hemos de preocuparnos del mañana? ¡Que el mañana traiga también la suya!

Y así lo ha hecho: la estrecha concepción de la vida, que consiste en pensar que el *negocio*, ha de ser el solo principal estímulo de la sociedad humana, y la obstinada idea que supone que lo que existió ayer ha de existir siempre, se hallan en desacuerdo con las tendencias de la vida humana, la cual ha tomado otra dirección. Nadie negará el alto grado de producción á que puede llegarse por medio de la especialización. Pero, precisamente, á medida que el trabajo que se exige al individuo en la producción moderna se hace más simple y fácil de aprender, y por consiguiente, también más monótono y cansado, la necesidad que siente el individuo de variar de trabajo, de ejercitar todas sus facultades, se hace cada vez más imperiosa. La humanidad percibe que ninguna ventaja aporta á la comunidad el condenar á un ser humano á estar siempre en el mismo lugar, en el taller ó la mina, y que nada gana con privarle de un trabajo tal, que lo pusiera en libre contacto con la Naturaleza, haciendo de él una parte consciente de un gran todo, un partícipe de los más elevados placeres de la ciencia y el arte, del trabajo libre y de la concepción.

También las naciones se niegan á ser especializadas: cada una es un compuesto agregado de gustos é inclinaciones, de necesidades y recursos, de aptitudes y facultades. El territorio ocupado por cada nación es igualmente un tejido muy variado de

terrenos y climas, de montes y valles, de declives, que conducen á variedades aún mayores de territorios y de razas. La variedad es el carácter distintivo, tanto del territorio como de sus habitantes; lo cual implica también una variedad en las ocupaciones.

La agricultura llama á la vida á la manufactura, y ésta sostiene á aquélla: ambas son inseparables, y su mutua combinación é integración produce los más grandes resultados. A medida que el conocimiento técnico se hace del dominio general; á medida que se hace internacional, y no es posible tenerlo oculto por más tiempo, cada nación adquiere los medios de aplicar toda la variedad de sus energías á toda la variedad de empresas industriales y agrícolas.

El entendimiento no distingue los artificiales límites políticos: lo mismo le pasa á la industria, y la presente tendencia de la humanidad es el tener reunidas en cada país y en cada región la mayor variedad posible de industrias colocadas al mismo nivel que la agricultura. Las necesidades de las aglomeraciones humanas corresponden así á las del individuo, y mientras que una división *temporal* de funciones sigue siendo la más segura garantía de éxito en cada empresa particular, la división *permanente* está condenada á desaparecer, siendo substituída por una variedad de ocupaciones intelectuales, industriales y agrícolas, correspondientes á las diferentes aptitudes del individuo, así como á la variedad de las mismas dentro de cada agregación de seres humanos.

Cuando nosotros, pues, separándonos de los escolásticos de nuestros libros de texto, examinamos la vida humana en su conjunto, pronto descubrimos que, mientras que todos los beneficios de una división temporal del trabajo deben conservarse, es ya hora de reclamar los que corresponden á la *integración del mismo*.

La economía política ha insistido hasta ahora principalmente en la división: nosotros proclamamos la integración, y sostenemos que el ideal de la sociedad, esto es, el estado hacia el cual marcha ésta, es una sociedad de trabajo integral, una sociedad en la cual cada individuo sea un productor de ambos, trabajo manual é intelectual; en la que todo ser humano que no esté impedido sea un trabajador, y en la que todos trabajen, lo mismo en el campo que en el taller industrial; donde cada reunión de individuos, bastante numerosa para disponer de cierta variedad de recursos naturales, ya sea una nación ó una región, produzca y consuma la mayor parte de sus productos agrícolas é industriales.

Pero inútil es decir que mientras que la sociedad permanezca organizada de tal modo que permita á los dueños de la tierra y el capital el apropiarse para sí, bajo la protección del Estado y de derechos históricos, el sobrante anual de la producción humana, no será posible se efectúe por completo semejante cambio. Pero el presente sistema industrial, basado sobre especialización permanente de funciones, lleva ya en sí mismo los gérmenes de su propia ruina.

Las crisis industriales, que cada día se hacen más agudas y más extensas, agravándose y empeorándose más aún por los armamentos y las guerras que implica el sistema actual, son causa de que su sostenimiento se haga cada vez más difícil.

Ya los trabajadores manifiestan claramente su intención de no soportar por más tiempo con paciencia las miserias que cada crisis origina, y cada una de éstas acelera el momento en el cual las presentes instituciones de propiedad individual y producción sean por completo derribadas por medio de luchas internas, cuya violencia é intensidad dependerán del mayor ó menor grado de buen sentido de las que ahora son clases privilegiadas.

Pero nosotros sostenemos también que cualquier intento socialista encaminado á restaurar las actuales relaciones entre el capital y el trabajo fracasará por completo, si no se han tenido presentes las tendencias antes mencionadas hacia la integración. Ellas no han recibido aún, en nuestra opinión, la atención debida de parte de las diferentes escuelas socialistas; cosa que, forzosamente, tendrá que suceder.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

(Continuará.)



CRÓNICA CIENTÍFICA

Hipótesis de la evolución de los mundos, según Clemencia Royer.—Profecías célebres.—Teoría de Depaux sobre el porvenir de los astros.—Hipótesis de la nebulosa.—La formación de las lunas de nuestro sistema.—Teoría de la catástrofe de Saturno.

Una hipótesis no es una verdad absoluta, pero tiene un valor que depende de la facilidad con que se la puede manejar y, sobre todo, del número de hechos que explica. Desde este punto de vista, la hipótesis de la señora Clemencia Royer sobre la evolución y el porvenir de los mundos y su novísima teoría de la formación de las lunas, tienen una superioridad incontestable sobre las hipótesis clásicas admitidas hasta el día y también sobre las que continúan elaborándose.

Entre las últimas, se encuentra la recientemente expuesta por M. Depaux en una obra notable que acaba de publicar sobre el génesis de la materia y de la energía, según la cual los mundos se extinguirán, y morirán los planetas separados de las órbitas de circulación alrededor del sol, disgregándose los átomos, que se diseminarán por el espacio en estado imponderable desprovisto de todo movimiento.

La señora Royer admite también la posibilidad de las conflagraciones generales productoras de la destrucción de los mundos, pero no la carencia de movimiento, es decir, de vida; considera, por el contrario, la circulación de la vida en el universo de una manera que recuerda los magistrales artículos de Molleschott sobre la circulación de la vida en nuestro planeta; hace observar que en semejante estado de conflagración, la masa de un sol no puede pasar del estado líquido al gaseoso sin derramar por el espacio gotas y chispas de metales en fusión que, lanzadas en todas direcciones con enormes velocidades de proyección, se separarían de sus orígenes en línea recta, en virtud de la velocidad adquirida, hasta que las variaciones térmicas locales del éter les trazasen rutas fijas en torno de otros mundos. Estos despojos de soles destruidos caerían sobre otros soles ó sobre sus planetas; ó bien serían recogidos por esos barrenderos del espacio llamados cometas, quienes los llevarían á otros soles, estableciendo así, á través del espacio infinito, la circulación perpetua de la materia y con ella la renovación perpetua de la vida.

La señora Royer recuerda además que un sol cuya temperatura interior es superior á las presiones exteriores, no puede de repente y por completo pasar al estado gaseoso, porque elevándose generalmente con su densidad las sustancias menos densas que constituyen las capas superiores de una esfera sideral, se volatilizan las primeras y forman su primera atmósfera; en su consecuencia, á medida que su masa aumenta y que la temperatura media de su núcleo en fusión se eleva, se volatilizan otras sustancias y le constituyen una atmósfera más profunda y pesada, cuya presión retarda proporcionalmente la volatilización de las sustancias que permanecieren líquidas en la superficie de su núcleo. De este modo, nuestro sol permanecerá rodeado de un núcleo líquido muy denso, rodeado de una atmósfera gaseosa cuya profundidad representa una fracción notable de su radio.

Esto, más que una hipótesis, puede ser muy bien una profecía, cuya absoluta exactitud establezca acaso un día la ciencia.

No sería el único caso, ya que la historia nos da numerosos ejemplos, de esas especies de profecías hechas por escritores de genio. Sin salir del campo de la astronomía, citemos, á propósito de las dos lunas de Marte que no se descubrieron hasta 1877, lo que escribió Voltaire en 1750, en su famosa novela *Micromegas*:

«Saliendo de Júpiter, nuestros viajeros atravesaron un espacio de unos cien millones de leguas, costearon el planeta Marte y vieron dos lunas que sirven á este planeta y que se han sustraído á las miradas de nuestros astrónomos.

»Treinta años antes de 1750, en 1720, en el capítulo III del viaje de Gulliver á Laputa, el ingenioso Swift, dice de los astrónomos de aquel país que han descubierto dos astros inferiores ó satélites que giran en derredor de Marte.

»Y ciento diez años antes, en 1610, cuando el inmortal Kepler recibió la noticia del descubrimiento de los satélites de Júpiter, había escrito á su amigo Watchenfels que «no solamente le parecía probable la existencia de esos satélites, sino que indudablemente podrían encontrarse dos á Marte y seis ú ocho á Saturno.»

Por último, puesto que estamos en el capítulo de las lunas de Marte y que nos ocupamos especialmente de la obra de una mujer, recordemos que el descubrimiento de estos dos satélites verificado por el astrónomo americano Hall, fué debido á una insistencia, á una clarividencia, mejor dicho, completamente femenina; después de haber buscado en vano durante muchas noches, el astrónomo renunció á proseguir sus investigaciones; pero, instigado por su esposa, la señora de Hall, que tenía fe en el hallazgo de los dos astros recalcitrantes, los halló al fin.

* *

¿Es posible que un sol despoje á otros de planetas? Aunque muy poco probable, hay posibilidad de ello á la larga entre sistemas vecinos, animados de velocidades del mismo orden y del mismo sentido, aunque en planos algo diferentes. Los cuerpos siderales tienen probabilidades de aumentar con tanta mayor rapidez cuanto más aumentan, y á medida que van devorando planetas con sus satélites, pueden devorar más.

Esa especie de festín saturnal tiene un término, que consiste en el exceso mismo del calor desarrollado por esas enormes masas; en cuanto ese calor llega á una intensidad que no permite ya al astro conservar su estado líquido, el cataclismo es inevitable, porque volatilizándose de repente toda su masa, pasaría al estado de nebulosa.

En la hipótesis de la señora Royer, el estado de nebulosa, en vez de ser, como en

la de Laplace, el punto de partida de los planetas agrupados alrededor de un sol, es, por el contrario, la fase final de su evolución.

Respecto de nuestro sol, la autora ha cuidado de tranquilizarnos; está lejos aún de alcanzar ese límite peligroso, puesto que todos los planetas de nuestro sistema sólo aumentan su masa en una 700ª, y, por tanto, no está en el caso de aquellas estrellas que por su excesivo aumento han de pasar necesariamente al estado de nebulosas.

* * *

Considerando que la señora Royer no admite la teoría de Laplace—establecida principalmente para explicar la existencia y la formación del anillo de Saturno—debe dar una hipótesis que no tropiece con los mismos escollos que la del inmortal autor de *La Mecánica celeste*. Supone, pues, que, no sólo este anillo, sino también todas las lunas de nuestro sistema, deben su formación al choque de Saturno con un planeta errante encontrado fortuitamente en nuestro sistema en su carrera á través del espacio. La primera consecuencia del choque, que debió consistir en un rozamiento con el planeta errante tangencialmente en el plano mayor del sistema, sería una aceleración en la velocidad rotativa de Saturno, y de esta brusca perturbación resultaría que todo el mecanismo ecuatorial de los océanos de Saturno sería proyectado al espacio con fragmentos de su corteza sólida. Todos esos materiales, lanzados con la misma velocidad en el mismo plan y siguiendo rutas paralelas, formarían el anillo, que se segmentaría después á consecuencia de su enfriamiento y de la desigual contracción de sus materiales en varios anillos concéntricos.

El planeta causante de la catástrofe debió romperse en el choque y la masa incandescente de su núcleo se arrojaría al espacio; partes de estas materias en fusión constituirían los ocho satélites de Saturno; otros cuatro trozos más pudieron ser atraídos por Júpiter; otros dos se alargarían hasta Marte y uno quedó para la Tierra destinado á repasar la falta de la lumbrera mayor de que habla el *Génesis*, I, 16. Porciones del torrente líquido lanzadas en otra dirección más excéntrica, alcanzarían los planetas extremos y formarían las lunas de Urano y de Neptuno: así se explica que el movimiento de los satélites de esos dos planetas sea retrógrado.

Digamos, por último, en apoyo de esta hipótesis, que la atmósfera de Urano contiene gases que no existen en nuestro planeta y que podrían muy bien ser procedentes de los flúidos menos densos del planeta perturbador.

Este capítulo: «La catástrofe de Saturno», del que sólo hemos podido hacer breves indicaciones, es, á nuestro juicio, el más curioso y atractivo del libro de la señora Royer.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

MANIFESTACIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

(DE TODO EL MUNDO)

LOS FUNERALES DE VERDI

Que me lleven, sin ostentación, en el coche de los pobres y que me acompañen tres curas nada más.

Que sean destruidos todos mis papeles.

Y los plumíferos, que buscan asuntos de interés palpitante, y los editores que aguardan la presa, y el público imbécil que admira como un esclavo, disputan si un hombre puede ó no puede, al morir, disponer de su cuerpo y de su intimidad.

«Nos pertenece»—gritan—, «es un genio; es la voz de la patria».

¡Oh, la patria, el genio!, dulces mentiras.

Decid á la patria: «En tal rincón del mundo hay un tesoro escondido», y veréis cómo se apresuran á comprobarlo; cómo envían allí peones, ingenieros, químicos y un ejército acaso. Decid á la patria: «En tal rincón de guardilla vive un genio ignorado», y se reirán de vuestras afirmaciones, despreciándolas.

¿No es el genio un tesoro inestimable? ¿No es la creación del artista la más valiosa joya? Sin embargo, muchos analizan tierras infecundas, buscando en sus entrañas piedras y metales preciosos; nadie busca el arte divino en el corazón del hombre.

Porque no es el arte lo que ansían; porque no es el arte lo que adoran; son esclavos que buscan un señor que los fustigue, y crean semidioses cuando han destruido los templos; niegan la realidad y afirman el milagro. No buscan las emociones dulces del arte: piden la sensación cruenta del látigo.

Así adoran al hombre de genio, cuando acaba de morir, los que desconocen su obra y su genio: como le despreciaron, cuando á vivir comenzaba, los que debían exaltar su genio y su obra.

Honrad al artista en las creaciones que le hicieron inmortal. Desobedecer sus voluntades, y descubrir su intimidad, es mil veces más torpe que profanar su tumba. No deis una vez más el espectáculo triste de intimidades vivas, de secretos violados y deshonras pregonadas. Olvidad al hombre que tuvo, como todo ser humano, desaliectos y amarguras, pasiones y abandonos, para recrearos en la obra sancionada por él y por vuestro aplauso; y si os aguza la curiosidad, empleadla en descubrir tesoros en tierras vírgenes; acordáos de los que luchan y trabajan ignorados, leyendo las tristezas que refieren de sus principios, los que ya descansan tranquilos en su gloria: Wagner, Berlioz, los *pobres* genios que padecían el desvío de los hombres.

*
*
*

COMIENZOS DIFÍCILES.—*Victoriano Sardou.*

Puede citarse á este autor como un ejemplo de lo que vale, contra una desgracia que parezca invencible, la energía de la voluntad y el temple del carácter—dice un publicista, D'Almeras, que recoge las misteriosas luchas de muchos que han llegado á ser gloriosos—. Los periódicos y las Revistas inabordables; los editores reducidos á sus novelistas ya famosos, negando todo lo nuevo, todo lo joven; los teatros invadidos por diez ó quince colaboradores y discípulos de Scribe, medianías flexibles, tenaces y laboriosas, que guardaban, con mucho celo, el monopolio penosamente adquirido del arte dramático. Así se ofrecía la situación al principiante, que se lanzaba en la lucha valerosamente.

Sardou daba lecciones á precios módicos, y consiguió que un editor le admitiera una biografía del médico Jerónimo Cardan, recibiendo por sus cuartillas muchas felicitaciones y treinta francos: á céntimo la línea, próximamente. ¡Buena paga de un trabajo erudito!

Su afición á las ciencias le indujo á estudiar el Espiritismo, y con Rivail (Allan Kardec) determinó, coordinó, completó y aclaró los elementos principales del nuevo dogma; dióse á conocer como un ilustre *medium*, haciendo experiencias complicadas.

El día 1.º de Abril de 1854 estrenó en el Odeón su obra *La taberna de los estudiantes*. Después de haberle rechazado las empresas otras cuatro, admitieron la quinta por un sinnúmero de circunstancias curiosas.

Acompañaba al director del teatro una joven actriz, á la cual hizo gracia la primorosa letra de la copia. Notando que los principales papeles eran de estudiante, vió una ocasión de lucir su figura; el director, hojeando la obra, ya en principio recomendada por el gusto de la actriz, sorprendióse agradablemente al ver que la escena se desarrollaba en Alemania, donde hizo él sus estudios, y hasta un incidente de la dama y el galán le trajo á la memoria un recuerdo juvenil.

Quedó admitida la obra; pero alguien dijo que se trataba en ella de ridiculizar á los estudiantes, y éstos protestaron ruidosamente por patriotismo, interrumpiendo con alborotos y risas la representación el día del estreno.

Al año siguiente Sardou hizo *El jorobado*, melodrama que firmaron Feval y Bourgeois, que aún es famoso, y ha servido en parte para la confección de *Cyrano*.

Gracias á su matrimonio con una joven actriz, amiga de la Dejazet, pudo estrenar *Las primeras armas de Figaro*.

Entonces la crítica, poco benévola para el autor, buscó la justificación de los aplausos en el mérito de los actores que representaban la obra.

Los nerviosos, en colaboración con Barriere, no tuvo gran fortuna.

Monsieur Garat se ofreció interesante y movida.

Pero el día de la victoria no llegaba. La esposa de Sardou, que hacía sombreros para sostener su casa, decidióse á llevar el manuscrito de *Las patas de mosca* á Rosa Cheri, directora del «Gimnasio», contándole cuantas amarguras apuraban á Sardou.

La insigne actriz puso en ensayo la comedia del marido, y encargó un sombrero á la mujer; al año siguiente, *Nuestros íntimos* obtuvo un verdadero triunfo.

Las manzanas del vecino, *Los solterones* y *La familia Benoitón* colocaron á Sardou en primera línea, junto á Dumas y Angier.

Un recuerdo curioso que ha escapado á D'Almeras.

Cuando más desesperado corría Sardou por las calles de París, buscando inútilmente un pedazo de pan, una tarde le sorprendió un fuerte aguacero. Refugióse en una puerta cochera, y allí, entregado á sus tristes meditaciones, resolvió suicidarse. Al tiempo que abandonaba su refugio para dirigirse al Sena, se guarecía en la puerta cochera un pobre diablo, muy satisfecho acaso de la miserable vida, y pasaba por delante un camión. Volcó éste y aplastó al pobre diablo que, guareciéndose de la lluvia, encontraba la muerte; mientras el poeta, por buscar la muerte, la huía. Entonces comprendió que no era llegada su hora, y aquel incidente le dió fuerzas para vivir y luchar.

*
* *

LA ENSEÑANZA DEL DIBUJO.

Las personas que gustan de ideas claras y de indicaciones precisas, dicen con frecuencia de un escritor favorito: «dibuja». Y quieren expresar con esto, á mi entender, que algunas frases claras y sobrias, bien elegidas, bien apropiadas, bastan para evocar un tipo, un paisaje.

Muchos artistas nos interesan principalmente por la parte documental y viva de su obra: también ellos *dibujan*.

Las fórmulas pueden cambiar; pasan los clásicos y los románticos; los que fijan algunos rasgos de la vida, quedan y son admirados.

Parece que podría definirse el dibujo, diciendo que «es el arte de fijar por medio de trazos precisos y esenciales un rincón de la naturaleza, un ser humano».

A los grandes artistas nadie les enseñó su arte, lo aprendieron solos; por eso repro-

ducen con tal sencillez el natural vivo. En cambio, todos los inútiles han tenido maestros que los aconsejaron, atendiendo, más que á la vida, á la materia inerte.

Todo método que no tenga por base la documentación rápida y la observación directa, debería ser considerado como funesto y nocivo.

Sin embargo, no sucede así; las personas de apariencia sensata preconizan el método artificial. En todos los establecimientos de enseñanza, cuando se pone un lápiz en la mano de un alumno, nunca es para acostumbrarle á sorprender el movimiento y fijar acciones por medio de líneas esquemáticas y expresivas, sino para copiar cosas que son lo contrario de la vida, como, v. gr., el modelado en yeso.

En lugar de poner delante de los alumnos figuras acusadas, obligándoles á un trabajo estéril y sin provecho alguno, deberían dejarlos en libertad ante la naturaleza que á sus ojos se ofrece, sirviéndose de modelo unos á otros, procurando fijar las actitudes de sus juegos y de sus trabajos. Así aprenderían á sorprender el movimiento y la expresión. Así el dibujo sería de utilidad para todos; pues adiestrados en esa forma, no les fuera difícil, cuando un espectáculo curioso impresionara su vista, fijarlo en algunos trazos.

Nuestros verdaderos artistas debieran protestar contra los métodos usuales, invitando á la destrucción de los modelos de yeso en las escuelas, y aconsejar á los jóvenes que aprovecharan sus disposiciones observando y procurando fijar las fisonomías de los transeuntes, rápidamente, acostumbrándose á sorprender de pronto la línea saliente, que acusa un carácter ó una acción.

Algo así escribe Saunier en un interesante artículo; y esto me recuerda la constante ironía de Teófilo Gautier—un gran escritor y artista—contra la enseñanza oficial del dibujo. En uno de sus preciosos trabajos dice, refiriéndose á las mocedades artísticas de un pintor: «Sus progresos fueron rápidos, porque, no teniendo profesores, ningún sistema se interpuso entre sus ojos y la naturaleza, y dibujaba lo que veía».

En otras ocasiones insistiremos acerca de las enseñanzas artísticas, asunto de suma importancia.

*
* *

UN LIBRO NUEVO DE ZOLA.

El poderoso novelista francés acaba de publicar en volumen los artículos y folletos escritos acerca del asunto Dreyfus. En un breve prólogo, dice que no trata de recrudecer la batalla, sino de contribuir á facilitar los documentos en que se funda la historia.

Dos luchas difíciles ha emprendido el autor, y en bien distintas circunstancias, combatiendo valerosamente la «opinión pública».

Fué la primera en 1866. Zola, entonces desconocido y joven, tuvo la suerte de que Villemessant le confiara el «Salón» (crítica de pintura) para un diario entonces muy leído, *L'Évenement*. Aquello pudo hacerle famoso y proporcionarle amistades valiosas; pero el honrado escritor, en vez de halagar el gusto del público y servir la conveniencia de los artistas en boga, se hizo defensor acérrimo de Manet, pintor impresionista, reprobado, insultado y despreciado por todos. Alzóse contra él una cólera universal y Villemessant vióse obligado á prescindir en absoluto de Zola, el cual, hallando cerradas las puertas de todos los periódicos, dedicóse á escribir novelas y á luchar contra editores y lectores.

La defensa de Manet pudo juzgarse como un arrebató de la juventud; pero, en plena gloria, el autor de la *Rouge-Macquart*, expuso, como antes, el porvenir, la popu-

laridad y la fortuna, en una empresa temeraria. El joven, en los comienzos de su carrera y el hombre maduro, coronado por la gloria, demostraron el mismo amor á la justicia, el mismo desprecio para las cagueras de la muchadumbre y el mismo ardor en el combate.

Destronados ya los reyes, el sufragio universal hizo rey al pueblo, y las adulaciones y las bajezas que se realizaban ante los tronos, ahora se repiten en la calle. Y en esta nueva especie de servilismo, los escritores, convertidos en periodistas, revélanse como los más vulgares cortesanos; descubren los prejuicios y los instintos más groseros de la multitud para acomodar á ellos cuanto escriben, y, de progreso en progreso, llegaron á formarse las poderosas empresas que, por cinco céntimos, ofrecen al pueblo cada mañana un alimento intelectual para complacer la ignorancia insigne, la vanidad y la pasión maldita. Es ya más difícil decir al pueblo la verdad desde la prensa, que lo fué decirsela á los reyes, junto al trono.

Así, cuando por excepción, un hombre grande se destaca entre todos para manifestar su independencia, vibra cuanto existe aún de noble y generoso en el corazón humano. No sabemos la importancia que reserva la Historia al asunto que produjo *La Verité en marche*; pero es indudable que reserva el porvenir una veneración muy grande para el acto heroico y noble realizado con tal motivo por Emilio Zola.

*
* *

OTRA VEZ SIENKIEWICZ.

El éxito de *¿Quo vadis?* acentúa más y más el triunfo de su autor, incitando á los editores de todas partes á la publicación de varias obras del mismo.

Bartek victorioso, la última que viene á nuestras manos, reúne méritos excelentes y nada comunes; describe con minucia y vigor la psicología dolorosa y resignada de los poloneses dispersados á través del mundo por la miseria y la opresión, arrojados fieramente de su patria.

El autor pone de manifiesto el alma popular de su país, valiéndose de pequeñas y finas observaciones, que impresionan singularmente. En este concepto, *Bartek victorioso* es una obra maestra. Es la triste historia de un soldado polonés durante la campaña de 1870, pobre alma debilitada, que la guerra y el uniforme desorganizan y agotan lentamente, pintura de la vida militar alemana, irónica y profunda. Otras novelitas acompañan á esta en el mismo volumen; croquis de la vida política en los pueblos de Polonia, sometidos á la tiranía sistemática del usurero, del maestro y del oficinista prusianos, admirable y violento libelo contra el invasor, episodios del gran poema del destierro polonés, ecos de aquella interesante raza, dispersa y sometida.

*
* *

LA RAZA DE CAÍN, por Carlos Reyles (Montevideo).

Una hermosa novela, un libro de profunda psicología que, si fuésemos aficionados á clasificar y á comparar, pondríamos entre los de Bourget y Barrés; pero entre los mejores, y no á título de imitación, rapsodia ó rapiña, tan frecuentes en los autores nuevos que viven de ideas malamente adquiridas y rehacen las obras de los franceses y alemanes, porque artísticamente son más *monos* que hombres. Pondríamos el magnífico libro de Carlos Reyles entre *Le disciple* y *Les deracinés*, por ejemplo, indicando así que su autor se informa en las tendencias filosóficas y sociales que los inspiraron y que ni su fuerza de observación ni su originalidad tienen que envidiarles nada.

Cacio y Guzmán son la encarnación de un espíritu en dos condiciones intelectua-

les, físicas y morales diferentes. «Ambos padecían los tormentos de las naturalezas sensibles y egoístas á la vez, y sobre ambos cumplíase la terrible sentencia que lanzó el Señor sobre Caín: no simpatizaban con las demás criaturas, perseguíanlos el descontento y la incertidumbre, y de todas partes se consideraban rechazados.»

La garra de Federico Nietzsche se muestra en otro personaje: Arturo, «el ave de rapiña», que «se queda, como la cosa más natural del mundo, con la paloma entre las uñas... Es cruel é inconsciente como la fuerza. Para satisfacer las necesidades de su egoísmo despojaría al mundo entero, y esto, naturalmente, sin pizca de maldad, porque en su pecho anidan los sentimientos más generosos».

En lucha estos elementos determinan la situación dramática. Los hijos de Caín, humillados por su excesiva intelectualidad y su constante incertidumbre, comprenden al fin que sólo la *acción* se impone; y Cacio halla su equilibrio y su entereza en el *hecho* criminal que realiza; ya no es un eterno vencido, ya se ha librado su alma de la esclavitud vil, ya se hizo sentir la presión de su voluntad sobre las voluntades fuertes y dominadoras.

Guzmán, superior á Cacio en el concepto moral y artístico, es también más débil, y llegada la ocasión le falta la necesaria energía para convertir en *hecho* la *idea* que le obsesiona; ni su apasionamiento ni el suicidio glorioso de su querida le ayudan; su brazo se petrifica, su mano tiembla, ¡no puede!, y llora como un miserable.

Los demás caracteres y figuras de la obra están primorosamente dibujados. Abundan las descripciones gallardas, luminosas y coloristas, y en los diálogos y en las manifestaciones *internas* del pensamiento de cada uno—todos en general se analizan como las creaciones primorasas de Stendhal—aparece á cada punto el pensador concienzudo y el artista literario, que logra interesar y conmover, analizando el tenebroso problema de la vida.

ARMANDO GUERRA.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

(Continuación.)

Duh. ¡Eso según!...

Capron. No, no. No hay excepción. Soltad la brida que le contiene y veréis cómo en seguida se desboca rompiéndolo todo, sin respeto á nada. Hace mucho tiempo que he observado lo que acabo de decir. (Con tono doctoral.) El proletario es un animal ineducable, inorganizable. No se le puede contener sino con la condición de hacerle sentir el dolor de la mordaza y el del látigo. He dicho varias veces esto mismo á Hargand, porque con sus manías de emancipación, sus panaderías y carnicerías cooperativas, sus escuelas profesionales, sus cajas de socorro y sociedades de previsión y apoyo, con toda esa jeringoza socialista que, lejos de fortificar su poder lo debilita, nos ha obligado á modelarnos en él. Hoy debe estar ya convencido de que yo tenía razón. (Por un movimiento de Genoveva.) Fíjese usted, Genoveva, en que yo no creo aún en la huelga. Como Duhormel, estoy convencido de que se trata de un movimiento ficticio, sin fundamento alguno, y que, por consecuencia, será muy fácil

dominarlo. Pero quisiera, no obstante, que esto sirviera de lección á nuestro amigo y que comprendiera de una vez para siempre que no hay otro medio práctico para dominar á estos brutos que el de atarlos corto, el de apretarles el tornillo, como ellos dicen. (*Hace un movimiento como para apretar un tornillo.*) ¡Pero así, seriamente, sin compasión de ninguna especie!...

De la Troude. En principio y en tesis general está usted en lo cierto, amigo Capron, aunque sobre ese tema hay mucho que decir. Aquí la situación es particular. Gracias á Dios, las ideas modernas no han penetrado en la región. Los *redentores* no tienen todavía influencia en el espíritu de nuestros brayos obreros.

Capron. ¡Bravos obreros, eh! ¿Lo cree usted?

De la Troude. Perfectamente.

Capron. ¿Y ese Juan Roule que en pocos días ha sabido desencadenar 5.000 obreros que hasta ahora se habían resistido á todas las excitaciones, á todos los llamamientos revolucionarios?

De la Troude. Un tonto que sueña imposibles, un farsante, un hablador. ¿Verdad que usted no cree en este movimiento?

Capron. De ninguna manera... Sin embargo, Hargand confiesa que este hombre tiene mucha influencia entre los obreros. Dice que habla con elocuencia, que arrastra, que sugestiona, y que posee un espíritu de propaganda, de valor y de sacrificio á toda prueba. Esto es más de lo que se necesita para envenenar en poco tiempo á todo el mundo.

De la Troude. Vamos, hombre, no me haga usted llamarle inocente. Esas cualidades son exclusivamente aristocráticas y burguesas, y no es posible que animen jamás el alma de un obrero.

Genoveva. Yo no me atrevería á afirmar eso... Conozco á ese Juan Roule y me espanta.

De la Troude. No, querida Genoveva; no hay motivo para espantaros. En el fondo los hombres nada son, porque se les puede matar. Sólo las ideas son temibles. Pues bien; desde el punto de vista de las ideas, la situación entre nosotros es admirable. ¿Por qué, vamos á ver? ¿De qué pueden quejarse los obreros y qué pueden pedir? Son demasiado felices.

Capron. Demasiado felices. Eso es precisamente lo que yo les reprocho.

De la Troude. Sí, lo tienen todo; buenos salarios, excelentes casas, seguros del mañana, y además sindicatos, que por mi parte, y de acuerdo con usted, querido Capron, me parece mucho.

Capron. ¡Es escandaloso, monstruoso! (*Animándose.*) ¿Cómo obreros, simples obreros, gentes sin instrucción, sin moralidad, sin responsabilidad en la vida, que no tienen cinco céntimos, y que comen, mejor dicho, que beben todo lo que ganan, tener el derecho de reunirse en sindicatos al igual que nosotros y contra nosotros los amos? ¡Oh, sí, esto es archiescandaloso! Antes que sancionar tan exorbitantes y antisociales derechos, incendiaría mis fábricas con mis propias manos. (*Por un movimiento de Roberto.*) ¡Ah, sí, ya comprendo, usted pretendel...

Roberto. (*Friamente.*) Yo, señor, no pretendo nada; le estaba escuchando; continúe.

Capron. Usted pretende que las ideas han cambiado y que cambiarán más aún. ¿No es eso?

Roberto. (*Vagamente.*) ¡Si usted quiere!...

Capron. Á mí me es indiferente. Lo que quiero demostrar es que los intereses son inmutables, inmutables, ¿comprende usted? Si el interés permite que yo me enriquezca por todos los medios y lo más posible, no debo entretenerme en saber esto ó lo otro, sino en hacerme rico y nada más... Respecto á los obreros, ¿no cobran sus salarios? Pues tienen la obligación de dejarnos en paz. Porque supongo que no va usted á establecer comparación entre un economista y un productor como yo con el obrero estúpido que lo ignora todo, que no sabe siquiera quién es Juan Bautista Say y Leroy Beaulieu. El obrero, mi joven amigo, es el campo vivo que yo laboro, que exploto cuanto puedo. (*Animándose.*) Que remuevo sus entrañas para sembrar la simiente de mis riquezas y depositarla luego en mis arcas. En cuanto á la emancipación social, á la igualdad, ó como llama usted á eso, á la solidaridad, debo declarar (*con ironía*) que no hallo inconveniente en que se establezcan en el otro mundo. Pero en éste, ¡alto ahí guardia civil, guardia civil y más guardia civil. He ahí cómo resuelvo yo la cuestión social.

Duhormel. Va usted un poco lejos, Capron; yo no soy tan exclusivista. Sin embargo, no niego que hay mucha verdad en lo que usted dice.

Capron. Claro está; como que lo que yo hablo no es por ganas de hablar. Yo no soy ni poeta ni soñador; soy sencillamente un economista, un pensador y además un republicano, un verdadero republicano; no es, por consecuencia, el espíritu del pasado el que habla en mí, sino el espíritu moderno. Como republicano, me hallaréis siempre dispuesto á defender las sublimes conquistas de 1789 contra el insaciable apetito de los pobres.

Duhormel. De lo existente no debe, no puede variarse nada. En una sociedad democrática bien formada se necesitan ricos y pobres; esto es lógico. ¿Qué sería de las riquezas si en el mundo no hubiese más que pobres? Y los pobres, ¿cómo vivirían sin los ricos?

Capron. Eso está claro; salta á la vista. Es preciso que haya pobres para que las riquezas brillen con más esplendor, y que haya ricos para dar á los pobres ejemplo de las grandes virtudes sociales.

Duhormel. ¡Muy bien! Ha resumido usted admirablemente.

De la Troude. He ahí una frase que debiera servir de epígrafe á todas nuestras instituciones.

Duhormel. Y es esto tan cierto, que voy á declararles á ustedes un secreto. (*Movimiento de atención.*) Ustedes saben que yo soy aficionado á la caza. Pues bien; cuando yo era pobre (*á Genoveva*), porque yo he sido pobre, señorita (*acento de bondad*), ya ve usted que no me he muerto por eso; cuando yo era pobre, repito, no podía admitir que hubiera cotos, y sinceramente me indignaba, porque no se daba á todo el mundo el mismo derecho á cazar, al menos en los montes del Estado. Pues... cuando fui rico cambié de opinión completamente.

Capron. Es natural, como que abrió usted los ojos y empezó á ver claro.

Duhormel. Al instante comprendí la utilidad económica de las grandes cacerías, en las que se ve á hombres entusiastas gastarse 300.000 francos por año en la cría de faisanes.

Capron. «La utilidad económica de las grandes cacerías», esa es la frase.

Duhormel. Porque, en fin, pónganse ustedes la mano en la conciencia y díganme si un leñador, si un obrero, puede gastarse 300.000 francos para criar faisanes en un coto.

Capron. (*A Roberto.*) Refute usted ese argumento, joven.

Duhormel. Y esos 300.000 francos, ¿dónde van á parar? Pues á todo el mundo, á la masa.

Capron. Es admirable lo maternal que resulta la sociedad hasta para el mismo leñador.

Duhormel. Naturalmente; para todo el mundo.

Capron. Eso es irrefutable económica, científica y matemáticamente. Toda la cuestión está en eso.

Duhormel. Y además; yo pruebo con mi ejemplo que á todo el mundo le es fácil hacerse rico, con un poco de orden, economía y respeto á las leyes.

Capron. ¡Sí; pero id á predicar á los obreros esas sanas doctrinas! Os tratarán de explotador y os cantarán la *Carmagnole* ante vuestras propias barbas. (*Hace algunos pasos golpeando fuertemente el piso, y con las manos en las espaldas. De repente da media vuelta, y haciendo como quien aprieta un tornillo.*) Apretar el tornillo, apretar el tornillo; no cabe otra cosa. (*Á Roberto, que se ha aproximado al grupo.*) ¡Sí, sí; riase usted; levante los hombros! Es usted muy joven, y por eso cree en todas esas necedades. ¡Ya vendrá el día de arrepentirse!

Duhormel. Todos nosotros hemos sido así, Roberto. Así es el mundo... La experiencia de la vida se ha encargado de curarnos de nuestros entusiasmos. ¡Oh, la vida! Para nosotros, sobre todo, no es siempre alegre.

De la Tronde. ¡Oh, no! Sufrimos tormentos, decepciones; tenemos negocios y obligaciones que los pobres desconocen. Los obreros son libres, hacen lo que quieren; no piensan más que en ellos mismos. Mientras que nosotros... (*Suspirando.*) Y lo más triste de nuestra situación es que no podemos volvernos pobres cuando queremos. Fijáos bien en lo que voy á decir, señorita Genoveva; para mí ha sido siempre un hermoso sueño poseer un campo, una casita, una vaca, un caballo y dos mil francos; nada más, dos mil francos. Ser pobre, ¡qué felicidad, qué alegría! Sería un idilio exquisito, casi virgiliano. ¡No tener responsabilidad social, ni dilataciones de estómago, ni neurastenia, ni gota! Porque los pobres ignoran lo que es la gota, los dichosos. Y yo, ni siquiera en sueños puedo ser ese pobre, cándido, alegre y siempre sano.

Genoveva. ¿Quién se lo impide á usted?

De la Tronde. Pero, hija mía; tengo demasiados palacios, parques, bosques, amigos, criados... Me veo condenado á eterna riqueza (*suspirando*), y es preciso que arrastre el peso de tan cruel tiranía. (*Capron y Duhormel aprueban, suspiran y levantan los brazos al cielo.*)

Genoveva. (*Levantándose y yendo hacia la puerta.*) Y mi padre que no viene... ¡Estoy impaciente!

De la Tronde. (*Á Duhormel, á Capron.*) Lo ven ustedes, está impaciente. Los pobres no están jamás impacientes. (*Se levanta.*) ¡Y aún nos envidian! (*Al volverse ve á Roberto apoyado en la abertura del taller.*) ¿Qué hace usted ahí en ese rincón, Roberto? ¿Por qué no nos dice usted nada?

Roberto. (*Durante toda la escena ha dado pruebas de estar fastidiado*) ¿Qué podría yo decirles que les interesara? Son ustedes eternos sordos, que ni oyen súplicas ni amenazas. Con menos piedad y más orgullo y ferocidad todavía, son ustedes los mismos de hace un siglo. Á aquéllos, cuando la revolución se cernía sobre sus cabezas, cuando ya les hundía sus uñas en la carne y su aliento de sangre les humedecía la cara, decían lo que vosotros: «Esto no es, no puede ser nada; el mundo ha sido siempre así, y así

será eternamente». «La era del pobre, no llegará jamás». La era no vino, vendrá. Lo que sí vino fué la venganza.

Capron. ¿Qué cantata es esa? ¿La revolución? Pues si fuimos nosotros quienes la hicimos.

Roberto. ¿Qué la hicieron ustedes? Pues bien; ella les arrastrará, hoy tal vez. *(Se oye un ruido confuso, clamores lejanos, cantos. Roberto abre la ventana, y con la diestra señalando la dirección del ruido.)* ¿Lo oyen ustedes? *(Se asoman todos con temor á la ventana.)*

Capron. ¿Qué es eso?

Roberto. Son los pobres que llegan. *(Silencio en la sala. Los clamores se acercan. Los cantos se entienden. Escuchan los tres inmóviles, pálidos.)* ¡Son los pobres que llegan! Los pobres cuya existencia negaba usted ahora mismo, señor de la Troude; los pobres, el campo que usted laboraba y explotaba cuanto podía, señor Capron. *(Los gritos de ¡viva la huelga! se distinguen claramente.)* ¿Los oyen ustedes llegar? Hoy es aquí, mañana en sus talleres de ustedes... Muy pronto, tal vez, en todas partes. *(Ruido como el de un ejército en marcha. Se oyen los ritmos de la Carmagnole.)* Creo, señor Duhormel que sus proyectos de caza se habrán de aplazar. *(Roberto cierra la ventana.)* ¿Qué? ¿Todo ha concluido? ¿Ahora son ustedes quienes callan? ¿Y aquel ardor de combate? ¿Y aquel heroísmo? ¿Ya se sienten derrotados? ¿Ha sido bastante que unos cuantos pobres canten en medio de un camino para que ustedes hayan enmudecido y estén pálidos de terror?

Capron. ¿De terror? Eso se lo habrá figurado usted. Yo terror... *(El ruido, los clamores aumentan. Crispando el puño desde la ventana.)* ¡Miserables!

e la Troude. *(Disimulando el miedo.)* ¡Déjelos usted; están borrachos!

Roberto. ¿Borrachos? Tal vez. ¿Pero de qué? ¿Lo sabe usted?

Capron. Lo que hace usted es fastidiarme con sus reticencias de revolucionario. ¿Por qué está usted hoy con nosotros? Sí, sí; empiezo á ver claro. Esos son sus amigos de usted, y... usted ha venido...

Roberto. Tranquilícese usted, caballero.

Duhormel. Vamos, hombre; yo no puedo, no quiero admitir que esto sea serio... ¡Eso es que se divierten!

Genoveva. *(Mirando con ansia hacia la puerta.)* ¡Y mi padre, mi padre que no viene!

Capron. ¿Han cerrado la verja del palacio?

Genoveva. *(Desesperada llama y va hacia el vestíbulo, mira por la escalera.)* ¡José, Adela, Bautista! ¡Cerrad la verja; daos prisa! *(Agitada entra en la sala. Roberto intenta calmarla.)* ¡Dios mío, Dios mío!

Capron. ¡Con tal que podamos volver á nuestras casas!... *(Aparece Hargand.)* Por fin ha llegado; he aquí Hargand.

Genoveva. ¡Padre mío! ¡Padre mío! *(Rodean á Hargand.)*

ESCENA VI

LOS MISMOS, HARGAND

Capron. ¿Qué hay?

Hargand. *(Mirando á sus amigos con extrañeza, casi con desprecio.)* Tranquilícese usted, querido Capron, las verjas están cerradas.

Capron. Sí, pero ¿y el camino?

Hargand. El camino está libre por encima del parque... He dado orden de

enganchan los caballos... Pueden volver á sus casas sin temor; no tendrán otra molestia que la de hacer un pequeño rodeo.

Capron. Marchémonos, pues. *(Los gritos, que no han cesado, se acentúan, se hacen más violentos. Se oye claramente: ¡Muera Hargand! ¡Viva la huelga!)*

De la Troude. ¡Marchémonos, marchémonos! Jamás lo hubiera creído. ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero? *(Busca su sombrero.)* Esto es infame. La huelga aquí. ¿A dónde vamos? ¿Y mi sombrero?

Hargand. *(Coge el sombrero que está á la vista de todos sobre un mueble.)* No se altere tanto la Troude. Helo aquí... Márchense ustedes.

Capron. *(Con solemnidad, cogiendo las manos á Hargand.)* Querido amigo Hargand, habéis apurado todos los medios de conciliación, les habéis hasta mimado. Por esos bandidos está usted desnudo; les habéis dado hasta vuestra camisa. ¿Qué más quieren? No, no hay lugar á reflexiones... La palabra debe concederse ahora á los fusiles... ¡Energía, amigo, energía y, sobre todo, soldados, soldados y más soldados! ¡Pensad que no es á vos solamente á quien defendéis, sino á nosotros, á la libertad del trabajo, á la sociedad!

Duhormel. No ceda usted una pulgada y no tardarán en capitular.

Capron. ¡Ah, si les hubiérais apretado el tornillo como yo os lo he aconsejado repetidas veces!...

De la Troude. La liberalidad con estas gentes me disgusta sobre manera. ¡Energía, energía!

Hargand. *(Obsesionado.)* Sí, sí, contad conmigo. ¡Adiós, hasta la vista! ¡Váyanse ustedes!

Capron. ¿Pero está usted seguro de que hallaremos el camino expedito?

Hargand. Seguro, sí. ¡No perder tiempo!

Capron. ¡Soldados, soldados inmediatamente!

Duhormel. ¡Es preciso hacer una que sirva de terrible ejemplo!

De la Troude. Nosotros confiamos en usted.

Hargand. Sí, sí. ¡Adiós! *(Márchanse los tres. Con ironía.)* ¡Pobres imbéciles! ¿Y esos son mis aliados?

ESCENA VII

HARGAND, ROBERTO Y GENOVEVA

(Fuera gritos, clamores, cantos, ruido parecido al de las olas. Hargand sombrío, pero sereno, se sienta en un diván, le rodean Genoveva temblando y Roberto triste, soñador.)

Hargand. Dame agua, Genoveva. *(Genoveva vierte agua en un vaso. Hargand bebe con avidez.)* Gracias, hija mía. *(Corto silencio.)* ¿Y tú, Roberto?

Roberto. ¡Padre mío!

Hargand. ¡Te marcharás esta tarde!

Roberto. Eso mismo quería pedirle. *(Con timidez.)* Pero antes de marcharme, permítame usted...

Hargand. *(Interrumpiéndole.)* ¡Ni una palabra; te lo ruego! ¡No te reprocho nada! ¡No te acuso de nada! *(En medio del griterío confuso se distingue claramente el grito de ¡viva Roberto Hargand! ¡Viva la huelga! Roberto estupefacto quiere protestar. Hargand le contiene con una mirada. Corto y penoso silencio. Hargand, emocionado, la voz un poco alterada, continúa.)* No te acuso de nada; pero te ruego que no aumentes con inútiles palabras la distancia dolorosa que en este momento nos separa á los dos.

Roberto. ¡Padre mío, padre mío!

Hargand. *(Con nobleza.)* Entre nosotros dos, hijo mío, no puede haber en adelante más que silencio. *(Se levanta.)*

Roberto. *(Emocionado, cae en brazos de su padre.)* Le amo á usted; le respeto; tengo confianza en vuestra piedad, en vuestra justicia. *(En este momento una piedra, lanzada desde fuera, rompiendo un cristal, rueda hasta los pies de Hargand; Genoveva da un grito.)*

Hargand. ¡La justicia! *(Deja la piedra sobre un mueble. Cae el telón.)*

OCTAVIO MIRBEAU.

(Traducción de Antonio López.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO



SECCIÓN GENERAL

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

En la esfera puramente científica, los obstáculos que la religión opone sistemáticamente al progreso, suelen ser desdeñados donde quiera que se estudia la sociología, y ya nadie siente la necesidad de insistir, ni entre los iniciados en la ciencia revolucionaria hay quien reclame que se pongan á la orden del día cuestiones teológicas relacionadas con la ciencia.

Por desgracia, España es una excepción; aquí es aún necesario dedicar algún tiempo á estos asuntos en atención al gran número de ignorantes que carecen de toda instrucción, y al no escaso de privilegiados, más ó menos ilustrados, pero sometidos al sugestivo influjo clerical, y que juntos forman una fuerza sometida á la dominación de los teócratas.

Por mis escasos conocimientos, poca luz propia puedo aportar para el esclarecimiento de verdades tan importantes como las que al indicado asunto se refieren; pero me queda el recurso de aportarla reflejada é, imitando á otros muchos, puedo hacerme una erudición de circunstancias con sólo tomar del montón de lo que se sabe y con ella llevar á buen término mi tesis, á saber: todo lo que se ha escrito para probar la armonía entre la religión y la ciencia ha resultado trabajo inútil.

Creiendo prestar un servicio á mis compañeros de trabajo desde las páginas de esta Revista, dedicada sinceramente á la verdad y á la justicia, entro en materia.

El Concilio Vaticano, y después la multitud de escritores en él inspirados, apoyándose en razonamientos más ó menos sofisticos, que no puedo reproducir por su extensión ni tampoco lo juzgo necesario, dicen: «Ninguna verdadera discordia puede haber jamás entre la fe y la razón... La vana apariencia de esta contradicción nace principalmente de no haber sido entendidos y expuestos los dogmas de la fe, según la mente de la Iglesia, ó de haberse tomado por sentencia de la razón los antojos de las opiniones.»

Es cierto que la fe y la razón deben de andar acordes siempre, y así andarían si no hubieran inventado los teólogos aquella fe que clasifican entre las virtudes teologales, indispensable para creer misterios y milagros reñidos con la evidencia. Tengo fe, por ejemplo, en la redondez de la tierra; en que el día, la noche y las estaciones son fenómenos producidos por su movimiento y su relación con el sol, aunque por falta de conocimientos y de medios á propósito no pueda comprobarlo directamente; tengo fe en la existencia de América, aunque no la he visto, y la tengo también en que la injusticia dominante en la sociedad, resultado de monstruosos abusos, cometidos á la sombra de una fe ciega en el error, han de desaparecer merced á la ilustración y á la energía de los que de tal iniquidad vienen siendo víctimas, aunque tan fausto acontecimiento no pueda verle por ser futuro. Y esa fe racional, fundada en la lógica y apoyada en la evidencia, es perfectamente suficiente.

En cuanto á que los dogmas de la fe no hayan sido expuestos según la mente de la Iglesia, y por ello no hayan sido entendidos, cúlpese á la dudosa sabiduría de tanto teólogo, que, por lo visto, estaban poco fuertes en gramática, ó que acaso se extrañaban algo por el peligroso terreno de los antojos de las opiniones.

Y continúa el Concilio Vaticano:

«Tan lejos está la Iglesia de oponerse al cultivo de las artes y ciencias humanas, que, por el contrario, lo auxilia y lo promueve en muchas maneras. Pues no ignora ni desdeña los provechos que de ella reporta la vida humana.»

Afirmación absolutamente falsa, como lo prueban, tomados entre muchos, los siguientes recuerdos históricos: el sistema de Copérnico, condenado por la Iglesia como contrario á las Sagradas Escrituras; Colón, tenido por loco por la Junta de Salamanca; Galileo, obligado á renegar de la verdad ante la Inquisición de Florencia.

Contra el valor positivo de estos datos, que el lector ilustrado ampliará, nada significa el hecho de que, especialmente en estos últimos tiempos, se hayan dedicado algunos religiosos al estudio de las ciencias, entre los cuales sobresalen nombres eminentes como el P. Secchi, por ejemplo, porque esto sólo sirve para evidenciar la contradicción que existe entre los libros sagrados, depositarios de la revelación y la tradición religiosa, y su opuesta y antitética la observación científica, á la vez que la incongruencia entre lo que dicen creer y manifiestan saber los místicos científicos. Teniendo en cuenta, además, que ese fervor científico pudiera muy bien tener por objeto no dejarse arrebatar el predominio y los privilegios que los teócratas disfrutaban, defendiéndolos con esa misma sabiduría que aborrecen y echando mano de ella para cegar sus fuentes con sofismas y con sus métodos especiales de enseñanza.

Aparte de la contradicción y la incongruencia entre el saber y el creer, existentes entre los teócratas, hay sabios laicos que amparan con el prestigio de su nombre verdaderas tonterías, como la siguiente: «Ó Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestro siglo, ó estuvo inspirado.» (Ampère, *Teoría de la tierra*.)

Para demostrar que Moisés distaba mucho de tener esa instrucción científica y no tuvo otra inspiración que las preocupaciones propias del vulgo, basta saber lo que son el Sol, la Luna y las estrellas, según la ciencia moderna, y lo que respecto de los astros se lee en el Antiguo y Nuevo Testamento. Veámoslo:

«El Sol es el centro de nuestro sistema planetario y el regulador del movimiento de la Tierra y de los otros planetas; origen de calor y de luz, es el principio vivificante de todos los seres organizados. Los más sabios astrónomos le atribuyen un núcleo

sólido, obscuro y quizá habitado, rodeado de una atmósfera luminosa. La distancia del Sol á la Tierra es de unos 38 millones de leguas; su luz nos llega en ocho minutos trece segundos, y es 1.400.000 veces mayor que nuestro globo. Antes de Cópérnico se suponía que el Sol y todo el cielo volteaba diariamente alrededor de la Tierra. (De este error participaba Moisés y con él su divino inspirador, quienes además ignoraban la redondez de la Tierra y la existencia de América.)

»La Luna es un satélite de la Tierra, en derredor de la cual voltea, acompañándola en su revolución anual alrededor del Sol. Es 49 veces más pequeña que la Tierra, de la que dista 85.000 leguas. Tiene valles, montañas y volcanes; pero carece de atmósfera, porque no se nota en ella ninguna nube y los rasgos luminosos que recibe del Sol no experimentan refracción alguna, lo que la hace inhabitable, al menos para seres de nuestra misma naturaleza. Efectúa su revolución en torno nuestro en veintinueve días y medio, y siempre nos presenta la misma faz. (Esa es la gran lumbrera, encargada, según Moisés, de señorear la noche.)

»Las estrellas son astros fijos que brillan por su propia luz, y se cree que son los soles de otros tantos sistemas planetarios, cuyo número es indefinido. Cuando por hallarse cerca de la misma línea de observación parecen próximas unas á otras, forman manchas blanquecinas, conocidas con el nombre de *nebulosas*. La vía láctea es una nebulosa inmensa; las estrellas están separadas de nosotros por distancias incalculables; por eso, aunque la luz que nos envían recorre más de 300.000 kilómetros por segundo, tarda en llegar á nosotros hasta tres ó cuatro años, refiriéndonos, por supuesto, á las más próximas; Sirio tarda veintidós años. La ciencia supone que los rayos luminosos partidos de aquellos cuerpos en tiempos remotísimos con una velocidad de 100.000 leguas por segundo, acaban de llegar á nuestra vista.»

Ante ese resumen científico, que tomo de un acreditado Diccionario francés, que por nadie puede ser recusado, véase ahora lo que se lee en el *Génesis*, cap. I., vers. 14-19:

«Y dijo Dios: Sean lumbreras en la expansión de los cielos para apartar el día y la noche; y sean por señales para las estaciones, días y años. Y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y fué así. É hizo Dios las dos grandes lumbreras: la mayor para que señorease el día, y la menor para que señorease la noche; hizo también las estrellas. Y púsolas Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra; y para señorear en el día y en la noche y para apartar la luz de las tinieblas; y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana del día cuarto.»

La simple comparación de ambas citas basta para evidenciar la ignorancia del autor místico; pero los creyentes todo lo allanan para que los absurdos de la supuesta revelación no tropiecen con el buen sentido. Así, para que no choque aquello del *Génesis*, I, 3-5: «Y dijo Dios: Sea la luz; y fué la luz. Y vió Dios que la luz era buena; y apartó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios á la luz día y á las tinieblas llamó noche; y fué la tarde y la mañana un día», creando la luz antes que las lumbreras que habían de producirla, de lo que se cuidó tres días después, viene un sabio creyente y dice:

«Moisés distinguió dos clases de luz: la una puesta en movimiento desde la primera época, y que no es más que el resultado de ciertas vibraciones impresas á la materia misma...; la otra, cuya aparición tuvo lugar á la cuarta época, y que emana de los cuerpos luminosos esparcidos en el firmamento del cielo.» (Marcel de Serres, *Cosmogonía de Moisés*.)

Aparte de que no es muy comprensible eso de las vibraciones luminosas de la materia que iluminan durante el día solamente, y que exista el día y la noche antes de que haya sol que ilumine y movimiento de rotación que alterne la luz con las tinieblas, substituye el sabio citado la palabra *día* con *época*, recurso empleado, contra la severidad del texto bíblico, como concesión humillante que el misticismo hace á la ciencia.

Donde la discordancia entre la religión y la ciencia llega á su colmo es cuando Jesús, profetizando el fin del mundo, según Mateo, XXIV, 29, dice estas palabras:

«Y luego, después de la aflicción de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo...»

¿Caerán las estrellas? ¿Y esto lo dice un Dios creador del Universo? ¿Y se pretende que la ciencia acate tamaño desatino? Para que el lector juzgue por sí propio, teniendo en cuenta la pequeñez de nuestro planeta, comparada con la grandiosidad de todo lo que nos rodea, apelo á nociones científicas, no de un sabio racionalista, sino de un obispo, monseñor Bougeaud, obispo de Laval, quien en su obra *El cristianismo y los tiempos presentes*, se expresa en los siguientes términos:

«A simple vista se ven sobre el horizonte de París 4.146 estrellas. Pero aquí está el telescopio; y ¿sabéis cuántas se ven actualmente? Solamente en un extremo de la constelación de Géminis, en la cual el ojo más perspicaz no ve sino seis estrellas una buena lente hace ver más de 3.000 hacinadas. ¿Qué sucederá, pues, con respecto á la inmensidad de los cielos? ¿Qué será, aun tratándose de esa pequeña mancha blanquecina llamada nuestro sistema sideral? Véanse, acerca de este punto, los cálculos más precisos de la ciencia. Arago, Lalande, Delambre y Francœur, admiten un número total de unos 75 millones de estrellas visibles. Y, no se olvide, esos 75 millones de soles y de estrellas no forman sino uno de los grupos de la vía láctea, y vistos desde cierta distancia, aparecerían tan sólo como una mancha pálida y blanca, como un borbotón de espuma en la inmensidad.

»Pero la ciencia no se limita á contar los astros, sino que los pesa. *Esos 75 millones de astros no son 75 millones de clavos de oro en una tapicería azul.* Se sabe exactamente cuánto es su peso. Supongamos que existiese una balanza suficientemente grande para contener en sus platillos los globos celestes; he aquí los resultados adonde llegaríamos. Se vería que Saturno pesa 100 y Júpiter 338 veces más que la Tierra. En cuanto al Sol, es 1.400.000 más voluminoso que ella, y como Sirio es á su vez 12 veces mayor que el Sol, Sirio resulta 16 millones de veces más voluminoso que la Tierra. *Sí, ese clavo brillante que por las tardes vemos brillar en el cielo* (1), es 16 millones de veces mayor que la Tierra.

»Júzguese por lo dicho, de las distancias y de la inmensidad de los espacios necesarios para que puedan moverse tales masas.

»Para llegar desde el Sol á la Tierra necesitaría un tren expreso, corriendo 50 kilómetros por hora, 347 años. Pues bien; esta asombrosa distancia la luz la recorre en ocho minutos y medio. Calcúlese ahora, sobre esta base, la profundidad extraordinaria del lecho estelar. Pues esa luz, que corre 75.000 leguas por segundo, que llega

(1) La intención un tanto sarcástica de las frases de cursiva se dirige á ridiculizar la ignorancia del vulgo y también la del autor del Génesis, Moisés, y la de los evangelistas Mateo y Lucas, que ponen en boca del dios-hombre la amenaza de que caerán sobre la Tierra los tales clavos.

desde el Sol en ocho minutos, ¿sabéis qué tiempo necesitaría para llegar desde el Alfa del Centauro? Tres años y ocho meses. ¿Y desde Vega? Doce años y medio. ¿Y de la estrella polar? Treinta y un años. ¿De la Cabra? Setenta y dos. Es verdad que la estrella polar se halla á 18.000 millones de leguas de la Tierra, y la Cabra á 162 trillones de leguas; finalmente, de Alción, la más brillante de las Pléyades, quinientos años.

»Pero nótese bien que la profundidad del cielo no se detiene en el grapo de las Pléyades, las cuales pertenecen por el contrario á estos lechos superficiales. Así Herschell cree que un rayo que parta de una de esas constelaciones telescópicas de que se compone la vía láctea, tardaría dos millones de años en llegar á nosotros.

»La investigación científica, ¿se detendrá por lo menos ahí? No. Llega hasta esas nebulosas que existen en los confines del mundo estelar. Pero entonces la distancia resulta de tal modo que confunde la mente. A pesar de su asombrosa rapidez—dice M. de Humboldt—la luz tarda dos millones de años en salvar la distancia inconmensurable que nos separa de esos astros. La luz del Sol tarda en llegar á nosotros ocho minutos y medio; en un décimo de segundo da la vuelta al globo, ¡y en el caso apuntado necesita dos millones de años!

»Y todavía no hemos concluido. La más asombrosa de las invenciones humanas, doblemente sublime, no tan sólo por la magnitud de sus resultados, sino también porque en tal descubrimiento no medió el telescopio ni instrumento alguno, sino únicamente el genio del hombre, es la ley del movimiento de los cielos. En esos espacios inmensos nada hay que se halle inmóvil; todo está en movimiento. Esos millones de astros flotan todos en igual sentido, y guardando un orden regular á distancias determinadas, describiendo todos ellos el más bello de los movimientos, girando sobre sí mismos unos en torno de otros, á la manera de los antiguos coros. ¿Y qué diremos de lo suave y armónico de esos movimientos? ¿Y qué principalmente de su velocidad? La Tierra gira en torno del Sol con una velocidad de siete leguas por segundo, de 420 leguas por minuto, de 25.200 leguas por hora, de 600.000 leguas por día. Mercurio, todavía más rápido, gira con una velocidad de más de un millón de leguas por día. Y durante este tiempo el Sol, con su séquito de planetas, describe en rededor de algún centro desconocido una curva cuyo radio es tan prolongado que aquélla parece rectilínea, y con un movimiento majestuoso y más suave, aun cuando es de 10 kiló. metros por segundo, de 36.000 por hora y de casi un millón por día.

»¿Y sobre qué suelo se ejecutan estos movimientos, iba yo á decir vertiginosos, si no fuesen tan suaves como rápidos; cuál es, digo, el suelo sobre el cual se mueven esos millones de astros? Pues no lo hay. Se mueven en el vacío. Y no olvidemos su peso. El del Sol es de dos novillones de kilogramos; lo cual se expresa por medio del número 2 seguido de 30 ceros.

2.000.000.000.000.000.000.000.000.000.

»Y Sirio tiene una masa que pesa doce veces más. Y todo esto se mueve en el vacío con una velocidad, con respecto á la Tierra, de 600.000 leguas por día.»

Cuando se admira tan majestuosa grandeza, no puede menos de considerarse como altamente ridícula la idea de supeditarla á la mezquindad de un sistema inventado por un hombre de los tiempos pasados en que los conocimientos no podían dar más de sí; y es además censurable en sumo grado elevarlo á dogma, oponiéndose á la verdad y queriendo reducir á la humanidad á la ignorancia, con fines de explotación y de tiranía.

Insisto. ¿Qué significación puede tener la palabra *caer* aplicada á las estrellas y atribuida á Cristo? La idea *caer* necesita completarse con las de *arriba* y *abajo*, y éstas sólo tienen aplicación al limitado espacio que ocupa la Tierra y su esfera de atracción; fuera de ella no hay alto ni bajo, principio ni fin, exterior ni interior, no hay más que el infinito. Además, sin atracción no se cae, como lo demostró Newton inspirado por su genio poderoso y la caída de la célebre manzana á que se debe el descubrimiento de la ley de la gravitación universal. ¿Y qué poder de atracción ha de tener este minúsculo globo que habitamos para que caigan sobre él, como si fueran melones colgados del techo, aquellos otros globos muchos millones de veces más grandes que él y se hallan situados á muchos millones de millones de kilómetros de distancia? ¿Y qué verbo divino es ese que pasa por expresión de la verdad absoluta y dice lo que no puede suceder y no sucederá, que *las estrellas caerán*?

Un día Donoso Cortés, queriendo dar gallarda muestra de su talento y manifestarse digno del honor de ser admitido en la Real Academia Española, dijo:

«En la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que es, lo que fué y lo que será; en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio vense pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos.»

Pues todo eso es pura imaginación, si se dice de buena fe, y es una iniquidad si se aplica al único objeto para que sirve, que es contener las reivindicaciones de los desheredados.

La ciencia nueva y verdadera; la que no crea autoridades celestiales que justifiquen categorías superiores de representantes privilegiados en la sociedad; la que se funda en la universalidad del conocimiento y tiene como consecuencia la igualdad entre todos los conocedores, esa reduce los mitos á la categoría de recuerdos históricos y se manifiesta grande, esplendorosa y sublime, siendo como auxiliar y complemento de la justicia que da á todos y á cada uno el lugar y las satisfacciones que les corresponden en la sociedad humana junto con la estimación de la propia dignidad.

Insultan, pues, á la ciencia y ofenden á la justicia los que á todo trance quieren que la verdad nuevamente descubierta se armonice con el error decrépito y culpable de todas las abominaciones históricas.

ANSELMO LORENZO.



PEDRO LAVROFF

(Conclusión).

Hemos ensayado de resumir sus teorías históricas y sociológicas, aunque sea muy difícil poder apreciar todo su valor cuando se está en la imposibilidad de indicar las innumerables enseñanzas é inmensa erudición de las obras de Lavroff que sirven para patrocinar estas teorías. Reducidas al estado de esqueleto, pierden necesariamente lo que constituye su fuerza persuasiva.

¿Cómo limitar la historia y la sociología?—pregunta Lavroff—. La una y la otra se ocupan de los fenómenos sociales, y con todo, sus campos de investigación son muy distintos. La *sociología* estudia los fenómenos del desarrollo, aumento ó disminución de la solidaridad entre los hombres, con el fin de deducir las leyes generales. Lo que la caracteriza es que los fenómenos que ella estudia *pueden repetirse* conforme las mismas leyes. Tales son, por ejemplo, la presencia en cada sociedad de distintas generaciones, la existencia de intereses económicos que representan durante un período considerable de la historia una influencia preponderante, los diferentes medios estadísticos establecidos de un año á otro, etc., etc. La historia, por el contrario, no se ciñe á estudiar los fenómenos que tienen analogía con el desarrollo de la solidaridad; ella busca ante todo averiguar cómo la combinación de elementos sociales de una época se encuentran reemplazados por una combinación distinta, cómo á una fase de la evolución del pensamiento ha sucedido otra. Los fenómenos *históricos* tienen por rasgo característico el hecho de que *no pueden repetirse*; son fenómenos de la evolución. Falseando los términos de comparación de las ciencias naturales se podrá decir que la sociología corresponde á la fisiología del animal, en tanto que la historia tiene su paralelo en la embriología (con la diferencia que el desarrollo embrionario se deja observar en varios individuos de la misma especie, mientras que la evolución histórica sólo se produce una vez). Otra limitación existe aún entre la sociología y la historia. Toda sociedad humana puede ser objeto de estudio para el sociólogo, porque en toda sociedad existen fenómenos de solidaridad que son su base misma. Una sociedad prehistórica ó una sociedad salvaje le ofrecen un vasto campo de estudio, tanto más cómodo cuanto que los fenómenos presentados por estas sociedades no están mezclados con los fenómenos históricos. Por estos últimos Lavroff entiende exclusivamente los fenómenos de solidaridad consciente y la influencia ejercida sobre la vida social por las causas consabidoras del individuo.

La vida histórica propiamente dicha, no empieza hasta el momento en que aparece en la sociedad una minoría de individuos capaces de desarrollarse y experimentar la necesidad de ese desarrollo; es la aparición de los primeros «intelectuales». Estos «intelectuales» se oponen á todos los que quedan afuera de la historia y que son la mayor parte, en primer lugar, todos los pueblos salvajes; siguen luego las masas faltas de condiciones materiales tolerables y que son las más numerosas en todas las sociedades que permanecen fuera del movimiento de las ideas (los «desheredados de la historia»); y por fin, los «salvajes civilizados», que sólo toman de la civilización lo superficial, el confort, las costumbres, y en el fondo están tan poco desarrollados, á pesar de las condiciones materiales que poseen, que son casi como los salvajes. Poco

numerosos son, pues, los «intelectuales», pero esto no les impide ser la única fuerza histórica. Hemos visto ya cómo Lavroff apreciaba su influencia; hemos visto que la marcha del proceso histórico se reduce para él á la acción del pensamiento crítico del individuo sobre la «civilización rutinaria»; es decir, sobre el conjunto de formas sociales que tienden á hacer una costumbre. En la historia predomina ora el uno, ora el otro de estos elementos; presenta una sucesión de épocas alternativas; una en que la sociedad se propone como fin principal establecer y afirmar una nueva civilización rutinaria y otra caracterizada, ante todo, por el desarrollo del espíritu crítico, la destrucción de viejas instituciones, de antiguas formas sociales: es *la época de transición* (las épocas por otra parte se suceden más y más rápidamente en la historia, á medida que nos aproximamos á los tiempos presentes, de suerte que su distinción se hace cada vez más difícil). La primera época de transición en la humanidad fué aquella que ha preparado la historia, en la que aparecieron los primeros intelectuales y en donde los planes que reducían la vida de las tribus empezaron á fracasar. A este período sucede aquel donde una nueva civilización rutinaria tiende á establecerse bajo la forma de *civilizaciones nacionales aisladas* (en la antigüedad); después viene un nuevo período de transición, el más importante para el desarrollo ulterior de la humanidad, la época en que aparece el *pensamiento crítico*. A continuación viene la de las *grandes religiones universales*, á la cual sucede la época caracterizada por la tentativa de crear una nueva y estable civilización rutinaria (la Edad Media). La época de transición que la sucede, fué la del Renacimiento; la que señala un punto decisivo en la historia del pensamiento, en el sentido que ella introduce al primer plan de la vida intelectual, no un pensamiento reñido con los elementos religiosos, sino un pensamiento exclusivamente laico. Es el comienzo del período que Lavroff comprende con el nombre de *civilización laica*. Las épocas se suceden desde entonces con más rapidez y su distinción se hace más difícil. Una nueva civilización rutinaria se establece en primer lugar, la que está caracterizada por la victoria definitiva del Estado sobre el feudalismo y la Iglesia; es *la época del poder absoluto*, del *Estado policiaco*. Poco á poco, con motivo de los deberes y los derechos de los pueblos y los soberanos, las ideas se modifican y una nueva época se establece: la de los *déspotas reformadores*, del despotismo ilustrado. A continuación viene un nuevo período: el de las *revoluciones políticas* á fines del siglo XVIII, período que eleva á la cumbre la sociedad de la *burguesía*. Así la época siguiente está caracterizada por las tentativas de fundar una nueva civilización rutinaria estable: la *civilización burguesa*. Nuestra época actual es una nueva época de transición: la de la *crítica socialista*.

En su estudio de las diferentes fases históricas, el historiador debe determinar por cada momento los elementos que constituyen la vida de la sociedad. Estos elementos son de tres clases: los elementos característicos de una época que anteriormente á ella no existían y que al presente se manifiestan como esenciales, los elementos heredados del pasado y los sobrevivientes y elementos todavía vitales, que son los gérmenes de un porvenir más ó menos lejano. Además de esto, el historiador se ve siempre obligado á separar los fenómenos históricos normales de los fenómenos patológicos, á distinguir lo que es esencial de lo que tiene menos importancia, surgiendo allí una dificultad.

Por más cuidado que ponga un historiador (ó un sociólogo) en rodearse de todos los documentos posibles para examinar los acontecimientos de las épocas que lo ocupan, subsiste siempre en su trabajo una parte de apreciación personal. Dos historia-

dores igualmente documentados, igualmente concienzudos, diferirán en la forma al exponer los hechos históricos. Al lado del dominio donde basta la sola exposición exacta de los hechos, hay á la vez en la historia la vasta esfera en que un cierto elemento subjetivo es necesario. Así es que en las tres cuestiones principales que para cada época el historiador se propone resolver, esto es, determinar lo que es más importante y lo que lo es menos, lo que forma un fenómeno normal y lo que constituye un fenómeno patológico, y por fin, determinar cuál es, en cada momento de la historia, la marcha posible de los acontecimientos; tendremos que todas las noticias que el historiador podrá sacar únicamente de los hechos son insuficientes: falta un criterio más ó menos objetivo. Y con todo, deben resolverse estas cuestiones, á menos de rehusar completamente comprender á la historia como una causa científica. El único partido que queda al historiador en estas condiciones es aplicar á la interpretación de los fenómenos un criterio *subjetivo* sacado de su desarrollo intelectual general. Al lado del dominio *objetivo*, se forma así en la historia y en la sociología un dominio en que el *método subjetivo* es también necesario y también científico. Es á este último dominio á quien incumbe la definición del progreso, la elaboración de una *fórmula de progreso*. Para Lavroff, el progreso histórico se realiza por *el aumento y la fuerza de la solidaridad con la medida necesaria para que no impida el desarrollo de las causas conscientes en el individuo, y por la extensión de las causas consabidoras de los individuos con la medida necesaria para que no impidan el aumento y la fuerza de la solidaridad entre el mayor número posible de individuos*. Es una fórmula subjetiva; pero forzosamente lo es toda fórmula análoga.

De esta filosofía histórica saca Lavroff la más grande enseñanza para el individuo. En una de sus obras termina con las palabras siguientes, dirigidas al lector:

«Tus fuerzas intelectuales, dice la historia, son mínimas, tan mínimas como eran las de aquellos de tus antepasados que crearon el presente. Trabaja, pues, para crearte una fuerza histórica, ya que por esta vía fueron ganadas todas las victorias que antes parecían inverosímiles y que más tarde la mayoría consideró como milagrosas. Lo que operó siempre el milagro es la fuerza del pensamiento y la energía de la voluntad de los individuos que sirvieron de instrumentos necesarios al determinismo. Cuando te procures un objeto como ideal individual, aplicando á este ideal todas las fuerzas de tu pensamiento, toda la energía de tu voluntad, en el mundo de los fines que te crees y de los medios que escojas, entonces tu trabajo está hecho. ¡Que lo vago del determinismo histórico, y el trabajo en su curso irresistible, embarguen luego tu *yo* lanzándoles en el torbellino de los acontecimientos! ¡Que pasen del mundo de los fines y de los medios al mundo de las causas y de los efectos, independientes de tu voluntad! Tu trabajo ó tu abstención no son menos importantes como elemento que no puede eliminarse, en la constitución del porvenir, desconocido para ti. La historia que has aprendido, te ha enseñado á adaptarte á lo que es inevitable, á apreciar el poder de las distintas posibilidades en tu lucha por los fines que te propones, á luchar enérgicamente para conquistar un porvenir mejor para estos millares de individuos oscuros que, consciente ó inconscientemente, edifican el porvenir á tu lado. Lucha, pues, para este porvenir, y acuérdate de estas palabras de uno de los más brillantes publicistas contemporáneos: «Sólo está vencido aquel que confiesa estarlo.»

Y este último principio, que era para Lavroff el coronamiento de su edificio teórico, la conclusión de todas sus ideas históricas y sociológicas (á la inversa de la gran mayoría de los llamados sabios, que sólo saben sacar de su ciencia argumentos en fa-

vor de la indiferencia en materia social), este principio le ha guiado siempre en su actividad práctica de revolucionario.

Lavroff llega á París poco tiempo antes de la proclamación de la *Commune*. Después del 18 de Marzo ofrece sus servicios al Gobierno de la *Commune* para la organización de escuelas, pero las necesidades de la lucha impiden al Gobierno ocuparse de esta proposición. A primeros de Mayo la situación hácese desesperada. Lavroff resuelve ir á buscar al extranjero socorros para la *Commune*; marcha primero á Bélgica, luego á Londres cerca del Consejo general de la Internacional, pero ve bien pronto que las fuerzas de la Asociación habían sido considerablemente exageradas, tanto por sus amigos como por sus enemigos. En efecto, ni el Consejo federal belga, ni el Consejo general eran lo bastante poderosos para organizar, como proponía Lavroff, manifestaciones en favor de la *Commune*. Su salida fué, pues, inútil y sólo para él personalmente tuvo importancia, ya que ella le permitió darse mejor cuenta de la situación del socialismo en Europa y de hacer conocimiento con Marx.

Más tarde Lavroff dió una conferencia sobre la *Commune* que fué luego publicada en un folleto; allí expone los actos y las tendencias de la *Commune* y llega á esta conclusión: que para evitar errores en su acción práctica, es de suma importancia para un socialista formarse ideas teóricas, claras, elaborar lo mejor posible sus concepciones.

A propósito de la *Commune*; es sin duda interesante hacer remarcar que en lo que concierne á la sociedad futura, Lavroff era muy federalista. Consideraba la independencia de los elementos constituyentes de una sociedad como una garantía de progreso y creía en la reducción cada vez mayor del poder del Estado y en su desaparición final. Pensaba que con el desarrollo de la humanidad la sociedad tomaría una forma donde *todos* los individuos participarían de la vida común y decidirían de los negocios comunes, sin que ellos se impusieran, aunque fuera por una ley en la cual no consentirían. Lavroff con todo no iba como los anarquistas, hasta preconizar la abolición inmediata del Estado; él creía que esta abolición debía efectuarse progresivamente y que por el momento nada impedía á los socialistas de servirse, en su provecho, de las formas políticas y de las posibilidades legales actuales. No aplicaba á la *sociedad actual* los principios federalistas que él creía ser los mejores para la *sociedad futura*. Para la organización de los partidos, en particular, pensaba que á pesar de todas las razones de principios pudiendo militar en favor de una organización federalista, la organización centralista presentaba muchas ventajas desde el punto de vista de los intereses de la lucha inmediata.

Tal era el terreno en que se colocaba, con objeto de las discusiones de la Internacional, la revista *Vperiod!* (¡Adelante!), que Lavroff comenzó á publicar á partir de 1873 en Zurich. En Rusia era la época de la propaganda en masa entre los campesinos y los obreros y *Vperiod!* se hizo el eco de este movimiento. Muchos de aquellos decididos propagandistas se formaron en Zurich bajo la influencia de Lavroff (basta citar los jóvenes que fueron más tarde la mayor parte de los acusados en aquel proceso que en todas las Rusias conocen perfectamente y que ha recibido el nombre de proceso de los 50). Los jóvenes iban á Zurich no solamente para hacer sus estudios, sino para ir más tarde á Rusia como propagandistas. El movimiento ruso en el extranjero tenía en aquel momento una importancia mayor quizá que jamás tuvo después, y un papel muy importante en este movimiento pertenecía á Lavroff. En 1874 su Revista fué transportada á Londres, transformándose en un periódico que

veía la luz dos veces al mes. Lavroff permanece en Londres hasta 1876 que vuelve de nuevo á París.

Durante los años siguientes su actividad se manifiesta ante todo por la serie de artículos publicados bajo diferentes pseudónimos en Revistas rusas y por las conferencias sobre distintas cuestiones, ya teóricas ya prácticas.

En 1882 Lavroff fué expulsado de Francia por ocuparse en la organización de la sociedad rusa la *Cruz Roja* (sociedad de socorros para los prisioneros y deportados políticos); pero pudo bien pronto regresar de nuevo. En 1883 se le mete otra vez en la cabeza hacer salir una Revista revolucionaria, *El mensajero de la voluntad del pueblo*, órgano del partido de la «Voluntad del pueblo».

Al cabo de algunos años, entre tanto sucede en Rusia á un período de agitación muy intenso, otro de calma y abatimiento. El éxito que se había creído tan próximo no llegaba; la mayor parte de los militantes habían fallecido; otros menos enérgicos se descorazonaban ó buscaban desesperadamente nuevos programas. Ni un momento Lavroff se deja abatir por esa reacción.

Todo acontecimiento considerable en Rusia encuentra eco cerca de él; en sus conferencias, sus artículos, sus folletos, continúa reanimando siempre el entusiasmo de sus auditorios ó de sus lectores, é impide separarse de la verdadera vía socialista revolucionaria. Así, al instante en que la actividad revolucionaria amenaza ser en parte paralizada por la influencia de Tolstoï y de su propaganda de la «no resistencia» al mal, Lavroff se levanta enérgicamente contra esta tendencia que él califica de «inmoralidad histórica», al propio tiempo que se opone al proyecto de alianza con los liberales, que en un momento dado parecen arrastrar una parte de los revolucionarios rusos á abandonar la bandera socialista. En todas estas circunstancias Lavroff estaba allí para velar por la dirección que tomaban sus jóvenes camaradas y detenerlos si parecían empeñados en seguir una vía falsa. Hasta en los últimos días de su vida se interesa vivamente por todos los acontecimientos del movimiento revolucionario ruso. Su simpatía sobre todo era por aquellos revolucionarios, que de acuerdo con el programa de la «Voluntad del pueblo», concedían un lugar importante á la lucha contra el absolutismo.

Cuando le parecía que la propaganda social-demócrata en Rusia ponía muy adelante la lucha económica inmediata (sobre todo el medio de las huelgas) en detrimento de la revolución política, no cesaba de repetir que en Rusia, donde faltan las más elementales libertades, no se debe jamás abandonar la lucha contra el absolutismo, y que la destrucción de éste es el primer deber que todo socialista ruso debe cumplir bajo pena de ver degenerar su movimiento y la vida de su país en general. El luchaba al mismo tiempo contra toda restricción del programa socialista, contra toda tendencia á substituir un programa mínimo á la propaganda de principios. Con estas miras, sus conferencias—una sobre todo dada á luz bajo el título de «Comprensión y fines de la vida»—están llenas de ideas preciosas, muy instructivas para los socialistas de todos los países.

Fuera de esta propaganda por la conferencia y el folleto, Lavroff colabora á la vez desde 1892 hasta 1896 en la publicación de los «Materiales para la historia del movimiento socialista revolucionario» (ruso) emprendida por un grupo de antiguos miembros de partido de la Voluntad del Pueblo. Publica en «Materiales» una historia de la época en que apareció *Vperiod!* y de los primeros años de la propaganda socialista,

historia que será probablemente la obra más completa sobre el período que Lavroff llama «la primavera del movimiento».

En estos últimos tiempos, Lavroff no tomaba parte activa en el movimiento socialista de otros países. Viene, sin embargo, el Congreso de París de 1889 y presenta un informe sobre la historia y el estado del movimiento ruso; la ausencia de un partido revolucionario organizado en Rusia hace inútil en los Congresos siguientes la representación rusa, porque todo delegado representaría forzosamente á los ojos de los extranjeros el movimiento ruso entero, mientras que en realidad sólo podía ser representante de un grupo aislado. Esto no impedía que por medio de artículos y de cartas á los socialistas de diversos países, tomase parte indirectamente en sus luchas, en sus Congresos y en sus manifestaciones. Se alegraba de todo éxito del socialismo en cualquier parte del mundo que se produjera, sintiendo únicamente algunas veces las tendencias demasiado «prácticas» del socialismo actual.

Para terminar: he ahí algunas palabras que Lavroff pronunció en una reunión organizada en su honor el día de su aniversario—palabras que caracterizan su personalidad mucho mejor que todo lo que nosotros podremos decir.

A los que hablaban de lo que él había hecho y de sus méritos, contestó con algunas palabras de agradecimiento. «Pero—añadió—es preciso no hablar de mérito. Nuestro mérito será apreciado por los descendientes, por la historia; en cuanto á nosotros, como que no hemos alcanzado el fin, no tenemos el derecho de hablar.

»En tanto que el absolutismo reine en Rusia y que el capitalismo oprima á la humanidad, los intelectuales no pueden atribuirse ningún mérito. Sólo deben pensar en lo que les falta todavía que cumplir. Todos, viejos y jóvenes, debemos pensar en la deuda que nos resta pagar.»

M. G.

(Traducido de *L'Humanité Nouvelle*, por S. Gustavo.)

EL SER HUMANO, ¿TIENE ALMA?

II

Si preguntamos al P. Ludovico y á cuantos pretenden pasar por ortodoxos ¿qué es el alma?, nos responderán inmediatamente y en tono doctoral: «que es un espíritu inmortal, que el alma no tiene nada de común con el cuerpo y que su existencia es completamente independiente de éste; nos dirán también que cuando el *envoltorio del alma*, esto es, el cuerpo, ha pasado á formar parte de otros cuerpos, debido á la transformación que todos ellos operan en el grandioso laboratorio de la Naturaleza, el alma aún existe y subsiste por ser un espíritu *inmaterial* y como tal *inmortal*. Mas ante estas afirmaciones, en exceso gratuitas, de los ortodoxos, ocúrrenos preguntar—fundados en que *toda afirmación que no revista el análisis de la ciencia es falsa*—: ¿Hay alguna prueba científica de la existencia del alma?

Analícemos.

El hombre piensa y ratiocina; es analítico por naturaleza y aspira constantemente á cubrir con los materiales de su inteligencia los huecos de la ignorancia. De aquí la

filosofía, ó sea la ciencia llamada de los últimos *por qué*s de las cosas y de aquí el que yo, aficionado al estudio de estas importantes cuestiones, me haya propuesto examinarlas.

No tengo conocimiento ni idea alguna de que en mi *yo* haya otra existencia, en tanto ésta sea diferente de la que yo formo parte.

Yo soy yo. De mi propia existencia y vitalidad estoy seguro, como seguro estoy de que mi *yo* no es más que un átomo, una molécula constitutiva de ese grandioso conjunto que llamamos Universo.

«Pienso, luego existo», decía Descartes. Mas ampliando la fórmula, diremos: Yo siento, yo pienso. Pero ¿qué es lo que piensa? ¿Es mi alma acaso?... He aquí el problema, he aquí la *incógnita* que precisa buscar.

Las materias que forman mi compuesto hallanse íntima é indisolublemente unidas á esa gran existencia que me rodea, que está en mí mismo, y á la cual yo ayudo á funcionar.

Pero á pesar de ser esa cosa inconcusa é irrefutable verdad, los espiritualistas tratan de negarla y dicen *que soy un compuesto y que no soy un compuesto*, una mezcla y no una mezcla de dos existencias enteramente distintas; esto es, que en mi *yo* se encierran Materia y Espíritu.

Si mis aficiones no me llevaran, como me llevan, á estudiar imparcial y detenidamente el problema, aceptaría las metafísicas afirmaciones que anteceden sin siquiera discutirlos; mas como para aceptar tales afirmaciones necesito alguna prueba fehaciente y racional, y como no me la dan los teólogos y metafísicos, paso á dar las mías.

Así como el físico estudia la formación de una nube tempestuosa ó la trayectoria recorrida por un ciclón, sin preocuparles ni hacer intervenir para nada en ello la idea de *dios*, del mismo modo debiera el psicólogo estudiar el génesis y desarrollo de los fenómenos de conciencia, sin cuidarse para nada de hacer intervenir en los mismos la entidad metafísica *alma* ó *espíritu* substancial encarnado.

Todos estamos contestes en que el cerebro es el órgano de la inteligencia y que él es el que piensa porque tiene la *propiedad de pensar*. Si se ha demostrado de manera inconcusa que la inteligencia reside en las capas corticales del cerebro y la sensación en el conjunto del sistema nervioso ganglionar, ¿debemos suponer, con San Agustín, que el alma humana sea «una substancia simple y localizada en cierta parte del cuerpo?» Al ver á la primera de las facultades atribuídas (por los metafísicos) al espíritu encarnado—la sensibilidad—existiendo allí doquiera se presenta una célula nerviosa activa, excitada por un influjo exterior y al considerar que puede suprimirse—como más adelante demostraremos—y crearse en cierto modo la segunda facultad—la inteligencia—, podemos afirmar que todas las ilusiones metafísicas se vienen abajo, se derrumban, para ceder el paso á la realidad científica.

CONSTANCIO ROMEO.

(Se continuará.)